fotos

AÑO IV NÚM. 176

MADRID
13 DE JULIO DE 1940

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

EN ESTE NUMERO

Hacia la fase decisiva de la guerra
Por J. Díaz de Villegas

La guerra ronda el Desierto
Reportaje gráfico de la línea italiana, exclusivo para FOTOS

Heroismo y peligro de los submarinos alemanes
Por Julio Martorell

Irlanda ante la guerra
Por Francisco Camba

Jorge VI, rey de los Judíos

¿La última plaga de Egipto?
Por Roberto Sidney

El hombre del sombrero gris
Cuento por Diego Navarro. Ilustraciones de López Alonso

Editorial y comentario gráfico de la política de la semana

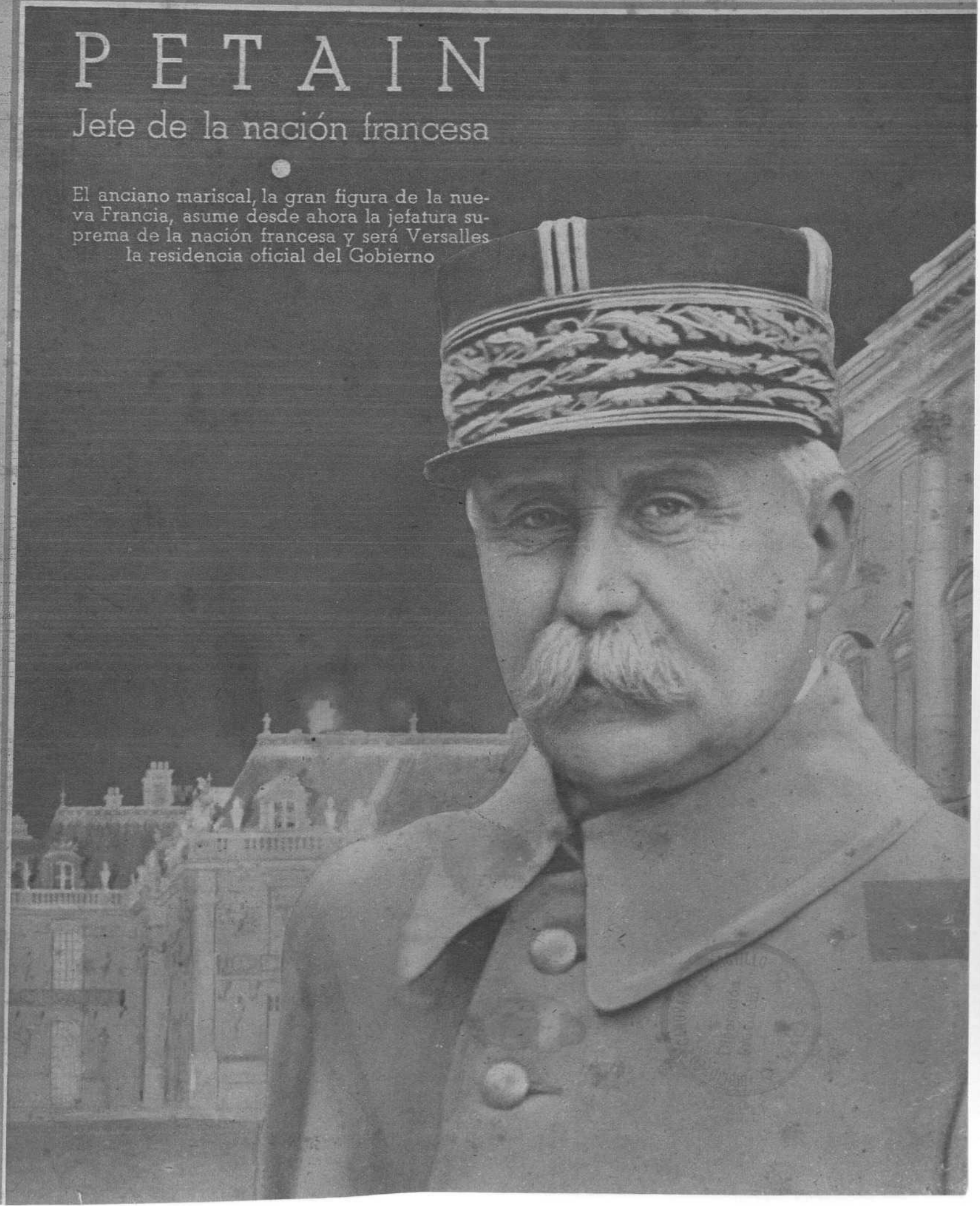
Pantalla, modas, toros y otras informaciones y reportajes de extraordinario interés y actualidad

50 cts

PETAIN

Jefe de la nación francesa

El anciano mariscal, la gran figura de la nueva Francia, asume desde ahora la jefatura suprema de la nación francesa y será Versalles la residencia oficial del Gobierno



¡Qué vacaciones más agradables!

La ilusión que nos forjamos todos en verano: ¿Un pueblecito bañado por el sol y el mar, con remansos de aguas verdes y susurrantes? ¿O una pequeña aldea, tranquila y soñolienta, perdida en la frondosidad de la sierra? ¡Qué delicia! Las nuevas amistades, las excursiones, ¡cuántas cosas! Pero no hay que olvidar una que es esencial para que no se frustren nuestras esperanzas: una cajita de INSTANTINA. Con 1 ó 2 tabletas podremos atajar cualquier resfriado, que podría estropearnos nuestras vacaciones, porque

Instantina

BAYER

corta con más rapidez los resfriados y sus dolores.

AÑO IV NUM. 176
MADRID, 13 DE JULIO DE 1940

fotos

DIRECTOR:
MANUEL FERNANDEZ-CUESTA

MOMENTO DECISIVO DE LA LUCHA

ALEMANIA e INGLATERRA FRENTE A FRENTE

LA CAMARA FOTOGRAFICA EN EL CAMPO DE BATALLA

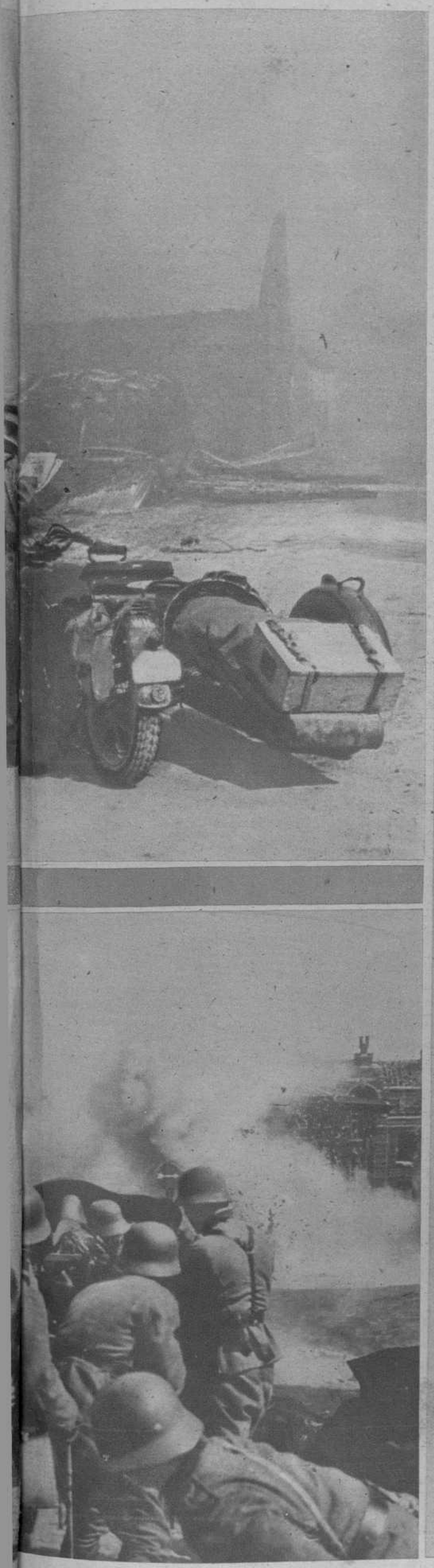
Cuatro emocionantes estampas de la pasada lucha

He aquí una interesante foto obtenida enn plena lucha. Las avanzadillas alemanas asaltan entre sombras, fuego y peligro, las primeras casas de un pueblo francés (Fot. Orbis)

Enlaces alemanes motorizados. Se ha conquistado un pueblo. Hay que proseguir rápidamente el avance. El motorista de vanguardia → consulta el plano que ha de orientarle en su ruta (Fot. Orbis)

Lucha en las calles de una ciudad francesa. Fuego de artillería. Las piezas emplazadas en el pueblo recien conquistado intensifican su acción para ocupar el inmediato (Fot. V.)

Los tanques enemigos han intentado vanamente → oponerse al avance. Los cañones antitanques alemanes, disparan sobre ellos y protegen el avance de la infantería (Fot. V.)



Hacia la fase decisiva de la GUERRA

LAS POSIBILIDADES MILITARES DE ITALIA

HACE ahora un mes que Italia entró en la guerra. La «beligerancia» ha seguido a la «no beligerancia». Alemania cuenta con un aliado desde pocos días antes de desaparecer Francia del campo de los adversarios. El triunfo de la política y de las armas del III Reich ha sido así doble y completa. Bien podría decirse ahora que es el Continente el que se enfrenta con Inglaterra. Sobre todo después de las reacciones de Francia que han seguido a la agresión de Orán. Comprendemos que en Londres los golpes hayan producido aturdimiento. Pero nadie acertaría a justificar, no ya desde el punto de vista de la política diplomática o militar, ni siquiera desde el de la ética más elemental, ciertas reacciones como la de la formación del Gobierno fantasma del coronel De Gaulle — que como militar tuvo un puesto sin ocupar en el Mosa o en el Aisne — o como ese atraco de Orán, dirigido sobre una Escuadra puesta ya, en virtud de un armisticio, fuera de combate.

En los acontecimientos que van a surgir Italia parece llamada a tener una importante participación. Singularmente su intervención será decisiva en el Mediterráneo y en Africa. La presencia del mariscal Grazziani allí indica bien a las claras cuál ha de ser la futura actuación italiana.

De Italia decía ya Virgilio que era «tierra de Saturno, madre de frutos. No son más gloriosos los bosques de los medos, pueblo opulento; ni el Ganges hermoso; ni Bactria; ni las Indias; ni la Arabia feliz, con sus arenas que dan incienso...» Es verdad. Pero también es cierto que Italia resultó luego ser un país superpoblado, que alimentaba mal a este exceso de población, y que salía allá, en 1918, de una guerra, vencedora, y de un Tratado de Versalles, en la que se la daba trato de vencida. Es difícil comprender la pertinaz serie de yerros cometidos por los políticos de París y Londres, desde el Compiegne de 1918 al Compiegne de 1940.

En Versalles, en efecto, Italia vencedora de la guerra, fué derrotada por la diplomacia galo-inglesa. En Versalles, y en toda esa secuela de Tratados rapaces que se firmaron luego en Saint Germain-Laye, El Trianón, Sévres y Neully. Para obtener concesiones en el alto Adigio, Italia tropezó con resistencias enconadas. Sus pretensiones sobre Fiume, Dalmacie, la zona de Istria, Longatico, Ternova e incluso Bainsizza, le fueron negadas. Italia, superpoblada, falta de «espacio vital», no recibió un solo kilómetro cuadrado en el reajuste colonial. Fueron Francia y la Gran Bretaña las que devoraron íntegramente el imperio ultramarino del vencido para colocar allí sus capitales o su burocracia.

En Italia la cuestión de Fiume produjo una pronta e inmediata reacción. D'Annunzio y el comandante Reina, con el batallón de Granaderos de este último, se lanzaron a ocuparle. El día 12 de septiembre de 1919, Fiume era italiano de hecho. Pero tras de la guerra llega la revolución roja a Italia. Son los tiempos del desorden; de las algaradas comunistas; del caos. Italia se salva. La salva el fascismo de Benito Mussolini. Y empieza la batalla de la nueva Italia, contra la Italia vieja. La guerra a la masonería. La creación de los sindicatos. La promulgación de la carta de trabajo. «La nación italiana es una unidad moral, política y económica que se realiza íntegramente en el Estado fascista...»

Se evita la catástrofe de la lira. Se fomenta el ahorro. El trabajo redime la hacienda y la economía de Italia. Rescate de las tierras de Littoria, Sabauda, Pontina... La batalla del trigo. La política demográfica bajo este lema: «máxima natalidad; mínima mortalidad...» La obra de la maternidad. Las leyes sociales. La jornada de ocho horas. La lucha contra la tuberculosis y contra el paro. Las pensiones para la vejez. La ley de accidentes. El «dopolavoro». La política ferroviaria. (¡De 241.000 empleados se baja a 135.000!) La mejora de la administración de los caminos de hierro. La electrificación. El fomento y desarrollo de las obras públicas, de la Marina, de la cultura, de la educación nacional. El Instituto «Luce». Las grandes emisoras radiofónicas... La ingente labor, sobre todo, llevada a cabo por el Duce en la organización militar del Reino. Italia tiene ya una formidable Escuadra, una formidable flota aérea, un formidable Ejército de tierra...

Italia es fuerte. Y conquista Libia. Y se enfrenta con Inglaterra, cuando surge la cuestión etíope. Y domina Abisinia en unos pocos meses. Y cuando el comunismo parece disponerse a hacer de España presa propicia — con ayuda de las democracias de Occidente — el Duce dice: «No toleraré que el comunismo se asome al Mediterráneo». Italia está junto a España. Albania es el último jalón de la fuerza expansiva de la joven Italia...

Italia está ahora en guerra. A ella va con su formidable y juvenil esfuerzo. Cuando la guerra europea pasada terminó, Italia disponía tan sólo de 66 aviones y no por cierto del último modelo. Mussolini ha hecho la pujante Aviación italiana. Durante mucho tiempo él mismo ha desempeñado la cartera del Aire. No hace aun tres meses el general Piccolo, secretario de Aeronáutica, informaba solemnemente que la producción industrial de aviones estaba a punto de doblarse en el Reino...

El Ejército ha sido objeto de la preferente atención, también, del Duce. Recientemente se hizo público el nuevo Ordenamiento militar italiano. El subsecretario del Ministerio, general Sóddu, anunció que quedaban organizados 18 Cuerpos de Ejército, con un total de 54 Divisiones de Infantería; un Cuerpo de Ejército motorizado, con dos Divisiones; otro acorazado, con tres; uno «célere», con otras tres también, y uno alpino, con cinco.

Junto al Ejército, las Milicias atienden y cuidan de diferentes servicios. Su creación data de 1923 y el coste de estas tropas es tan reducido que apenas si asciende a sesenta millones de liras.

Cuando la guerra sobrevino, Italia había incrementado aun más sus fuerzas militares. El príncipe de Piamonte mandaba las fuerzas de la frontera y el general Roatta el Ejército del Po. En la actualidad, la terminación de la guerra con Francia ha dado a estas tropas nuevas ocupaciones sin duda. Parte de ellas tendrán, verosímilmente, un campo de acción adecuado en los confines líbicos. Otra buena parte podrá quedar disponible para nuevas empresas.

La Marina de Italia — que también salió de la pasada guerra europea casi deshecha — con sus 680.000 toneladas ocupaba el quinto lugar entre las Armadas del mundo, inmediatamente después de la francesa. El 34,5 por 100 de esta flota italiana está formada por buques de línea; el 29,4 por 100, por cruceros rápidos; el 21,6 por 100, por destructores, y el resto, esto es el 14,5 por 100, por submarinos. La abundancia de unidades sutiles es tal que Italia podrá destacar gran número de ellas al Mar del Norte y al Océano para contribuir a perseguir el comercio inglés.

La flota italiana — se asegura al escribir este artículo — cooperará al ataque alemán contra Inglaterra. La flota fascista, según los últimos datos, se compone de la manera siguiente: acorazados, 2 tipo «Littorio» y 4 «Cavour» reformados; cruceros, 22, de ellos siete de 10.000 toneladas, como nuestro «Canarias» y 12 cruceros ligeros del tipo «Condottieri», de gran velocidad, buena protección y potencia ofensiva; cazatorpederos, 60, de los cuales varios de los excelentes tipos del «Folgore», «Maestrale», «Oriani» y «Camisa Negra», unidades rápidas, de gran autonomía y de excelentes condiciones marineras; numerosos torpederos, de ellos 32 modernísimos, del tipo «Stelle», de 600 toneladas; submarinos, 117, muy modernos y muy bien equipados, más otras 87 unidades menores y 315 buques auxiliares. Tal es la fuerza que Italia pone en liza.

JOSE DIAZ DE VILLEGAS

De SABADO a SABADO

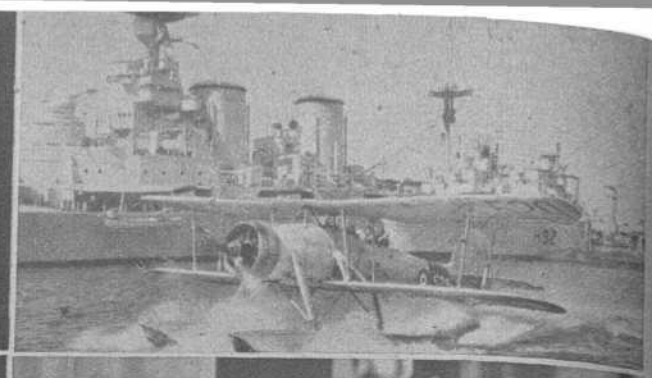
RUMBO — TAREA INAPLAZABLE

EL único modo de que los pueblos en trance de revolución no se destrocen en discordias internas es lanzarlos a realizar una gran empresa colectiva fuera de sus límites. Y este principio, valedero en toda época revolucionaria, adquiere carácter de exigencia esencial para la España de 1940, recién salida de una trágica contienda interior y sangrando todavía por miles de heridas no restañadas. Para unirnos en el orgullo de ser españoles los bandos que ayer nos combatimos a muerte, no hay otro camino que proyectar de fronteras afuera las energías que acaso estamos malgastando en rivalidades de índole personalista, en sofísticas disquisiciones doctrinales, en estériles disputas sobre matices. Una ambiciosa política exterior nos polarizaría a todos—a los del bando azul como a los del bando rojo o blanco—por rumbo único. Y pueblo marchando a una por un camino, no hay dificultad que lo estacione o lo tuerza. Ni Italia ni Alemania consiguieron su unidad política encerrándose en sus fronteras, como en un coso, a lidiar con problemas de tipo doctrinal o económico o social o simplemente político, sino encarando a sus gentes, en línea de combate, contra los enemigos exteriores: en suma, contra el dictado de Versalles.

Llamamos a todas las mentes avisadas a meditar sobre esta gran verdad: una política exclusivamente de fronteras adentro, miope, cicatera, tímida y resignada sería la campana pneumática dentro de la cual la Patria se asfixiaría. Urge irrumpir valerosamente sobre panoramas universales, pues toda gran política fué necesariamente internacional. Y no se diga, en disculpa de actitudes cómodas y quietistas, que España está en convalecencia y no puede abandonar «su casa». Precisamente la anemia sólo se cura saliendo fuera, al aire libre, y España está irrespirable entre sus paredes con tanto cadáver moral dentro, con tanta intriga caciquil, con tanta bastardía política como atenta contra la gallardía combatiente y ambiciosa de la Falange. Para un pueblo heroico solamente es imposible el objetivo que no acomete. El pueblo español está inquieto: presiente la inminencia de su cita histórica con la gran «Historia», que es su legítima mujer, y sería gran traición o supina estupidez obligarle a abarraganarse definitivamente con la «historieta» vulgar y chata que durante tres centurias le ha absorbido su vigor y su entusiasmo. Clausurarse en una política casera, sin vuelo alto, sin una chispa de divina locura, equivaldría a establecer divorcio acaso irreparable entre el ansia revolucionaria del pueblo y la prudencia demasiada del Estado que tal derrotero emprendiese.

¿A qué gastar el tiempo en hablar del Imperio si no tenemos efectiva voluntad de él, si nos desganamos a la primera objeción taimada que nos deslizan al oído lenguas mendaces o enemigas? Ciego será quien no vea cómo España, tras una larga guerra agotadora, se debate sobre una mar picada y costera. Para huir el riesgo de encallar en bajíos de antiguos sistemas políticos o zozobrar en extremismos nihilistas, hay que emproar la Patria mar adentro: así ganaremos estabilidad y destino navegante por la Historia. España no puede ser jamás nave de cabotaje, sino audaz crucero para singladuras oceánicas. El Imperio exige vivir en peligro, a todo ser, y acometer con decisión irrevocable la ardua empresa de marchar por la Historia, espada en mano y el alma a punto para el sacrificio heroico. Un pueblo con voluntad de Imperio ha de trasponer, a todo coraje, sus propios límites y no juzgar meta alguna inalcanzable.

Si España piensa y quiere de verdad conseguir plenitud imperial, ha de obrar — como pueblo y como Estado — a ritmo con su mente y su voluntad. El mandato de la Historia puede llegar en cualquier minuto. Acaso es providencia de Dios que este 1940 que en tensión vivimos, precisamente por cumplirse en sus días llenos de esperanza el tercer centenario de la desintegración de la unidad peninsular, de la quiebra militar de Recroi y de la primer intentona separatista de Cataluña, nos recobre de lo que en 1640 perdimos. Si en aquel aciago año del siglo XVII comenzamos el tobogán de nuestra decadencia — rota de Recroi, divorcio de Portugal, disentimiento de Cataluña — este agonioso 1940 puede ser — y de nuestra decisión depende — el repecho victoriosamente culminado de nuestro ascenso a rango primacial entre las naciones. Para ello apremia «llegar a tiempo» con nuestras exigencias históricas ante el nuevo orden europeo. Estado y pueblo de España a una, sin abdicar del derecho imprescriptible ni desertar del deber, aun por arriesgado que sea, y sin divorcios, han de hallarse presentes, con toda su voz y su razón, en la tarea de definir el destino de Europa para el futuro. Por algo fuímos los primeros en desencadenar la guerra necesaria para conseguir una Europa organizada en régimen de justicia. España ha contribuído a derrotar la tiranía de las democracias — pregonémoslo ante amigos y enemigos — con mayor caudal de sangre que ninguno de los vencedores. Aquí, sobre nuestro suelo martirizado, se libraron las primeras batallas de la actual guerra europea; aquí perdió la Internacional masónica y democrática su base estratégica para estrangular a Italia y su camino fácil para traer los millones de guerreros africanos con que destruir a Alemania; aquí, ante el escarmiento de la derrota, varió de dirección y signo la política exterior de la Internacional comunista y, con ella, optaron por la neutralidad los Balcanes y Escandinavia. Sin España y su victoria costosísima, ¿quién se atrevería a asegurar el aniquilamiento de las democracias imperialistas? ¡Y cuán otra hubiera sido la actitud de Rusia! Sería, por tanto, torpeza o cobardía incalificables quedarnos al margen de la tarea gloriosa que nosotros, contra todos los pronósticos sensatos, iniciamos. So riesgo de suicidio como pueblo libre, le está vedado a España, en el preciso trance de poder recobrar y aun superar su prístina grandeza, inhibirse de su deber de crear Historia con las gestas de su espada, con los logros de su revolución y con el orden de su paz. Que no se repita en nuestros días el fracaso rotundo de aquel otro heroico esfuerzo de la Guerra de la Independencia. Entonces asestamos el más rudo golpe al imperialismo de Napoleón; pero nos enzarzamos, de espaldas a Europa, en disputas políticas de fronteras adentro, descastamos de guerreros a intrigantes, nos volvimos los unos contra los otros y... no acudimos a Waterloo ni nos sentamos luego en la mesa de la paz. Todo el beneficio que nos correspondía se lo llevó Inglaterra, como si hubiera sido el único combatiente vencedor del gran corso. Si ahora, reincidiendo en errores antiguos, nos encontrásemos ausentes en el nuevo Waterloo, que para nuestro enemigo histórico se aproxima, seríamos indignos de seguir formando en la línea de los pueblos grandes.



La escuadra inglesa ha sufrido un fuerte revés en el Mediterráneo. He aquí el gran acorazado «Hood», que ha sido gravemente averiado por los proyectiles italianos

Daladier y Reynaud, los dos causantes de la entrada de Francia en guerra, habrán de explicar ahora a la Justicia las razones de su decisión desgraciada

Al asumir el mariscal Pétain la jefatura suprema del Estado francés, M. Lebrún, el último Presidente de la República, pasa a ser figura secundaria en los nuevos destinos de Francia

A hombros de los que fueron sus compañeros, el féretro que conduce los restos del general Goded, caído por Dios y por España, fué llevado ayer mañana a la tumba, donde reposará eternamente, en el Cementerio de la Almudena
(Fot. Zarco)

Gamelin comparecerá como responsable de la derrota ante los Tribunales. El Generalísimo del Frente Popular personifica todo el fracaso militar de Francia

Laval, el hombre que disintió de las sanciones a Italia. Para ser ahora el mentor de una Francia nueva, ¿no le estorbará su excesiva experiencia de viejo político?

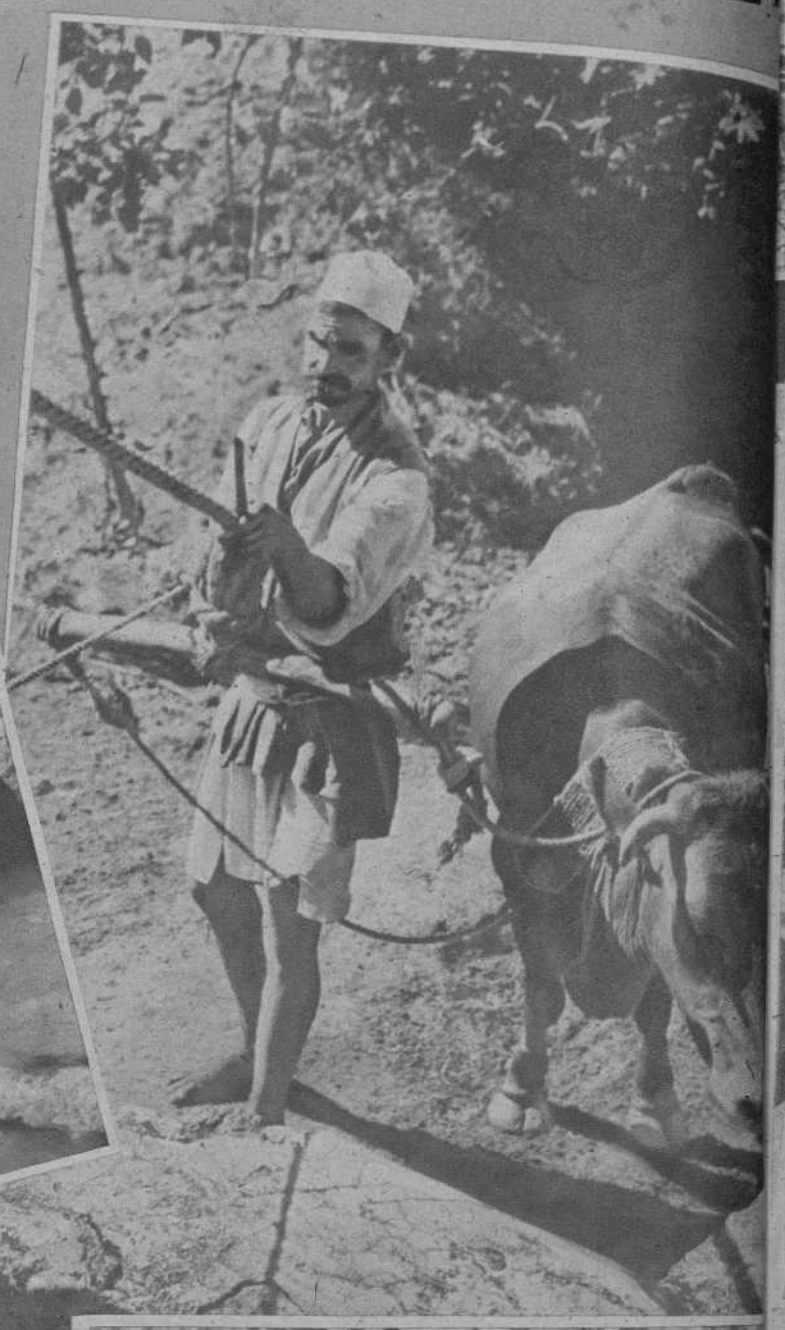
Teleky y Csaky, en Munich, han presentado al Eje las reivindicaciones húngaras contra el Tratado del Trianón He aquí estas dos figuras políticas con el con-

13 de julio 1936
13 de julio 1940
José CALVO
SOTELO
¡Presente!

La guerra ronda
SUK-EL-GIUMA E

El tanque de → riego no sólo sirve a los árabes de Libia para fomentar el cultivo de la tierra, sino que también es utilizado para su aseo personal

(Reportaje de Cifra, exclusivo para FOTOS).



←El agua proporciona humedad al suelo que va a ser cultivado y que bajo el sol abrasador de Libia se seca rápidamente

Un típico hortelano de la Libia italiana preparándose para subir al pozo. ↑

No todos los pozos de irrigación tienen pilares de piedra. Aquí vemos uno de típica construcción de madera

La guerra ronda a la Libia italiana. Es todavía una guerra sorda, un tanteo del adversario. Sin embargo, el Ejército italiano ha escrito ya allí páginas de gloria, especialmente en el aire, donde hasta ahora se desarrolla la lucha con mayor ímpetu.

La Libia italiana, un vasto país siete veces mayor que su metrópoli, es un típico desierto. No posee ríos, escasean las lluvias y sólo pueden esperarse buenas cosechas cada cuatro o cinco años. No obstante, los árabes libios consiguen obtener satisfactorias cantidades de dátiles, aceitunas, albaricoques, naranjas, limones y hortalizas, que cultivan en huertas que constituyen probablemente uno de los triunfos más notables de la horticultura.

El agua es el mayor problema para el hortelano libio. Se la procura, sin embargo, de una manera que honra a la inteligencia y sentido de adaptabilidad de sus antecesores del remoto pasado, ya que se utilizan hoy los mismos medios de irrigación que se

el desierto

LA LIBIA ITALIANA

←Durante la faena, el labrador sacia su sed. Este agua es relativamente limpia; pero, de todos modos, aunque no lo fuera... hace demasiado calor para ser escrupuloso

↑ Por los caminos de Suk-El Giuma, la mujer del hortelano lleva la comida al esposo

Cuando el recipiente sube hasta la cuerda, se vacía por sí solo en el tanque, como puede verse en esta artística fotografía →

usaban en tiempos de los antiguos romanos.

El agua se extrae de un pozo en lo alto de una loma. Se sube por medio de un recipiente hecho con piel de cabra, el cual sirve de cubo y funciona mediante una polea y una cuerda movida por la acción de un buey. Al marchar el animal cuesta abajo, tira de la cuerda y hace subir el recipiente lleno de agua. Este se vacía en un pequeño depósito o tanque que, al desbordarse, corre por un primitivo sistema de canalillos que, en agudos ángulos, cruzan todo el terreno cultivado. Luego, vuelve a subir el buey cuesta arriba y la cuerda se desliza por la polea llevando al otro extremo la piel de cabra que baja de nuevo para llenarse de agua, repitiéndose constantemente la operación durante toda la jornada y conservándose así el terreno húmedo y fértil.

Ofrecemos aquí una serie de fotografías exlusivas tomadas en Suk-El-Giuma, en las afueras de la ciudad de Trípoli.

hecha con troncos de árboles, toscamente labrados, en una huerta de menor categoría

¿Por qué no?

Usted también puede tener un rostro impecable, sin manchas, pecas ni huellas de granos y viruelas. Basta para ello que use

VISNÚ

★ EN TONOS: BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE Y NATURAL ★

Como las brisas Primaverales.

El Agua de Colonia Científica, que por sus componentes medicinales, y su persistente perfume, la ponen en un plano de superioridad y supremacía, que la distingue de todas las demás.

AGUA DE COLONIA SPÁ

Perfumes Spá Cº Ltd. MATARÓ-ESPAÑA

¿QUIERE REJUVENECERSE?

Crecer, engordar, adelgazar, corregir senos, nariz, cicatrices, vello, labios, manchas, arrugas, fetidez, rojeces, pecas, pestañas, desviaciones, rubor, timidez, tartamudez, calvicie, hernia, desarrollo, memoria, órganos, etc., y demás imperfecciones. Escribir:

PERFECCION HUMANA
Nueva de San Francisco, 23. — BARCELONA
(Incluir franqueo)

SEÑORITA

¡Le interesa aprender corte y confección sin moverse de su hogar! Por correo puede diplomarse rápidamente como profesora, ganando 300 pesetas mensuales. Escribir:

Instituto de Corte PERFECCION
NUEVA DE SAN FRANCISCO, NUM. 23.—BARCELONA
(Incluir franqueo)

SARNA

Y ENFERMEDADES DE LA PIEL
Curación rápida sin baño
LIMPIO · NUNCA PERJUDICA
Venta en Farmacias

ANTISÁRNICO MARTÍ

SENOS PERFECTOS, JUVENILES

Con PÍLDORAS CIRCASIANAS. Tratamiento único que desarrolla, regenera y embellece, dando las más encantadoras líneas juveniles. Posea un busto siempre joven y atractivo con PÍLDORAS CIRCASIANAS del Dr. Brun de Berlín. Es un maravilloso vitalizador del organismo femenino, que embellecerá su cutis dando expresión y vida a su semblante.

VENTA EN FARMACIAS · Por G. P. 8 Ptas. frasco · M. F. Pous · Apartado 481 · Barcelona

PANTALLA

En Hollywood ván a realizar

Hamlet

Diana Durbin, que en la versión cinematográfica de «Hamlet» personificará a Ofelia

HOLLYWOOD, capital de ilusiones de un mundo ficticio, continúa viviendo en un aislamiento tan lejano como feliz. Las preocupaciones de la ciudad del séptimo arte son todavía hoy de un orden puramente cinematográfico. En ella tienen cabida todas las fantasías y todas las audacias. Por ejemplo, aquí tenemos a Adolph Zukor, uno de los más famosos magnates del cinema, considerado también como uno de los hombres más imaginativos de la capital del celuloide. Adolph Zukor, después del éxito de «Romeo y Julieta», pensó en llevar a la pantalla el «Hamlet» de Shakespeare. Pero antes de pasar del pensamiento a la realidad quiso asesorarse de varios reputados escenaristas de diferentes nacionalidades, cada uno de los cuales expuso su punto de vista. El resultado dejó al señor Zukor sumido en un mar de confusiones. Imagínense ustedes que uno de los consultados — el americano — propuso un escenario que comprendía una gran fiesta nocturna en Dinamarca, con programa de canto, de baile y un poquito de «music-hall», la aparición de un fantasma en colores y, en fin, un gran torneo de esgrima, con la participación de varios campeones olímpicos.

El inglés, como corresponde a un compatriota de Shakespeare, fué el más tradicionalista. El propuso guardar sin ningún cambio ni corte los diálogos de la pieza original y respetar en todo la obra del genio, con lo que se pondrían de manifiesto toda la fastuosidad de una época y también todo lo pintoresco y grotesco.

Otro de los llamados a consulta propuso enmendarle la plana a Shakespeare, en el sentido de que Ofelia realizara su sueño de casarse con el melancólico Hamlet. Otro — el ruso — fué un poco más lejos. Indicó que «Hamlet» debía ser considerado como un drama moderno, con decorados y costumbres contemporáneas. La célebre frase «Ser o no ser» debía ser aplicada a un pequeño país neutral, amenazado por dos potentes Estados vecinos en guerra...

Hubo quien estimó que la mentalidad inclinada a la melancolía del desgraciado príncipe danés tenía relaciones muy próximas y precisas con el alma negra. En consecuencia, el papel debía confiarse a un actor negro. Para ello habría que transformar la obra convirtiéndola en el drama de un príncipe de color metido en el torbellino de la vida moderna e incapaz de resistir a sus tentaciones. El príncipe acaba por perder el gusto de vivir y es atraído irresistiblemente por la muerte...

En cuanto al asesor japonés, él encontró que el problema de «Hamlet» era específicamente nipón. A su entender eran necesarios varios cambios para entusiasmar al público japonés. Lo más importante sería que al fin, mejor que otro medio cualquiera de suicidio, el triste príncipe se hiciera sencillamente el «harakari».

No se sabe, a estas fechas, el éxito que cada una de estas adaptaciones haya merecido en la acogida del señor Zukor. Tampoco se ha juzgado oportuno dar a la publicidad los nombres de los autores. Lo único que se sabe es que la película va a dar comienzo de un momento a otro. ¿Qué sorpresa nos reserva Adolph Zukor?

He aquí un misterio hoy por hoy impenetrable.

Lo que sí se puede anticipar ya es la cabeza del reparto.

Hamlet será interpretado por Gary Cooper.

De Ofelia se encargará Diana Durbin.

Y el papel de Polonio lo hará el veterano Adolfo Menjou.

Ahora, esperamos. Y temblemos.

Temblemos, sí, porque ya es sabido que los yanquis no se caracterizan precisamente por la fidelidad en el respeto a las obras maestras de la literatura. El caso de «Romeo y Julieta» bien puede constituir una excepción. ¿Pero ocurrirá lo mismo con «Hamlet»? Seguramente Shakespeare siente ahora en su tumba cierta intranquilidad ante la película que de su obra han empezado a hacer en la fábrica de sueños de Hollywood. Porque los productores americanos no tienen inconveniente en desviar los más importantes hechos literarios o históricos hasta conseguir que la bella protagonista se case con el galán, aunque para ello haya que ganar en el lienzo de plata batallas que se perdieron en el campo de combate.

Gary Cooper, que interpretará el complejo papel de Hamlet

ALBERTO ARENAS

fotos

Para tí, lectora

La incesante renovación de la Moda

He aquí un conjunto armónico y de indiscutible elegancia, en el que todos los elementos del atavío han sido cuidadosamente seleccionados

TODOS los tejidos, sin otra excepción que los impropios de la época estival, participan del auge de la moda, pero singularmente el crepé estampado y en *shantung*. Esto, claro es, en lo que se refiere a los atavíos de «todo trote», pues para los vestidos de noche y los de «más vestir» siguen gozando de la predilección de los costureros los tejidos ilustres y las guarniciones costosas. Otro aspecto nuevo de la moda actual son los vestidos de tela de un solo tono, predominando, como corresponde a la estación, los de coloraciones brillantes y luminosas, adornados con labores de punto y de croché.

• •

El traje «sastre», que en años anteriores vió oscurecerse su hegemonía a medida que el calor avanzaba, ha sido utilizado esta vez en pleno verano y en todas las colecciones de los creadores de elegancias, figura con las máa exquisitas variaciones y en las telas que hasta ahora se consideraron como inadecuadas a tal finalidad. Las chaquetitas, especialmente, se emplean como complemento indispensable de los atavíos sencillos y en cualquier momento su utilización es posible a condición de que la combinación entre la «jaquette», la blusa y la falda esté presidida por un buen gusto indispensable y un sentido exacto y distinguido de la armonía de los colores.

• •

Y ya que hablamos de los atavíos sencillos, no dejemos de consignar que sus formas son sumamente diversas y de una gran riqueza en variedades, y que ni la más exigente de las damas dejará de hallar, en tan extensa colección, el modelo que a un tiempo mismo halague su vista y realce la gracia de su silueta. Los atavíos «camiseros», sencillos, alegres y juveniles, con sus graciosos y favorecedores cuellecitos redondos, puntiagudos o de corte masculino, hacen bella combinación con las faldas de corte escueto y solamente adornadas con unos plisados en la parte delantera.

• •

Un detalle original implantado ya en años anteriores pero que ahora ha cobrado un auge extraordinario, es la sustitución del sombrero, cuando las exigencias de la hora o del lugar a que se acude no hacen éste indispensable, por unos pañuelos de estilo campesino, en madrás, vichy y otros tejidos análogos, de diversas coloraciones, graciosamente colocados sobre la cabeza a modo de turbantes, y permitiendo que la cabellera luzca con toda su seducción.

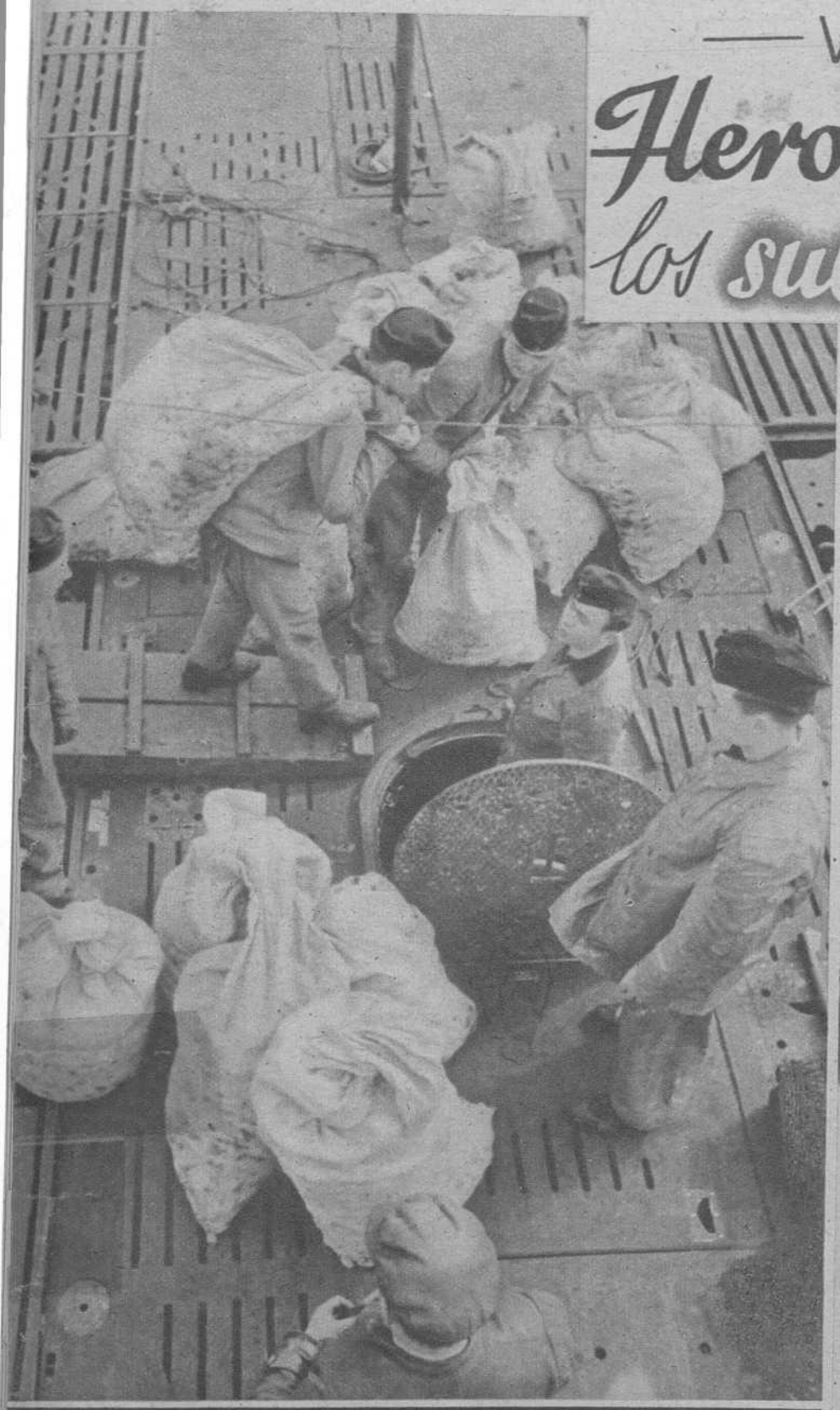
Esta innovación, que ha obtenido de las muchachas jóvenes una aceptación extraordinaria, da a los rostros un singular encanto y un atractivo inigualable. Ello evidencia, una vez más, que la mujer tiende a aceptar de la moda solamente aquellas orientaciones que tienden a realzar su belleza.

L.

Juvenil traje para señorita, realizado en crespón de seda verde esmeralda, con sencillas guarniciones en blanco

— VISTA a INGLATERRA —

Heroismo y peligro de los submarinos alemanes



Antes de emprender la larga e incierta aventura el submarino es provisto de todo lo necesario para el avituallamiento de los marinos. La nutrición ha de ser buena y variada para mantener un estado físico capaz de resistir la dura existencia de estos héroes del mar

La guerra en Europa tiene ahora el mar como el más importante e imponente escenario. Suena en los Océanos el estruendo de los cañonazos, y en las profundidades de las aguas la Muerte va almacenando su gran cosecha de cadáveres. En esta lucha constante — aventura y peligro — los submarinos alemanes escriben todos los días la brillante página de su heroísmo, la gran epopeya sin resonancias apoteósicas, la hazaña sin testigos. Y el tan cacareado poderío naval de Inglaterra — que no pudo impedir la acción de Noruega, pero que ha demostrado en aguas de Orán, frente a unos barcos indefensos que no esperaban la agresión, su puro origen filibustero — recibe en los costados de sus barcos los torpedos que les envían los submarinos del III Reich, en su afán, cada día más cierto, de destronar a la llamada reina de los mares. Por más que hoy no parece ya justificado este título de la bien llamada la pérfida Albión.

Difícilmente podremos darnos cuenta de la magnitud y la importancia de la ofensiva marítima emprendida por Alemania contra Inglaterra. Es evidente que los que, en su orgullo insensato y a estas horas maltrecho, pretendían poder bloquear a Alemania y a Europa y al mundo entero si fuera preciso, han obtenido y obtienen en sus intentos no sólo el fracaso más absoluto sino el revés de tener a los enemigos frente a sus propias costas, desde el Norte de Francia y el Este y Sureste de Noruega, con la amenaza de conver-

sus travesías, submarinos bian saludos medio del telé- o de banderas

bmarino está eado. Sobre la eta se monta metralladora aérea y un ofi- observa con prismá- ticos ↓

tirse de supuestos bloqueadores a efectivos bloqueados.

En esta victoria que los combatientes, guiados por el genio de Hitler, pueden cantar y contar diariamente, los submarinos tienen la parte más importante y, por ello, la más difícil y arriesgada.

Los periódicos nos traen en cada nuevo número un nuevo hecho que significa otra proeza a añadir a las numerosas realizadas ya. Barcos enemigos hundidos, naves averiadas, convoyes apresados. Cientos de miles de toneladas que se van restando al poder del enemigo, cada vez más debilitado, porque la capacidad de producción de sus astilleros dista muchísimo de poder cubrir las pérdidas sufridas. Es decir, el caso contrario de Alemania, donde todo está preparado y donde las fábricas de guerra encargadas de la reposición del material constituyen la organización más perfecta que en este aspecto se haya dado jamás.

Como obedeciendo a una consigna, los submarinos alemanes intensifican ahora su acción contra los barcos ingleses, y sus hazañas se superan constantemente. Allá van por las inciertas rutas de mar y de guerra un puñado de hombres acostumbrados a mirar cara a cara a la más irremediable de las muertes, rumbo a la desconocida aventura, que en la mayor parte de los casos es una victoria sin otros ecos que tres líneas perdidas en el parte oficial o sin esos ecos siquiera. Otras veces el submarino tarda en volver, pasa el plazo previsto para su regreso y pasa el plazo concedido a la esperanza. Es que la nave se ha convertido en féretro en cualquier punto ignorado del mar, guardando celosamente entre sus paredes de hierro los cuerpos inertes de los que dan su vida por la Patria de un modo anónimo, envueltos en un silencio que hace más admirable su conducta heroica, sin más coronas que las coronas que forma el remolino de agua, mientras el submarino, con su carga de hombres vivos pero ya muertos, desciende para no reaparecer jamás. Pero no importa. Un nuevo submarino parte hacia los lugares minados de peligros, al encuentro de los ingleses, a poner nuevas heridas mortales en los cascos de los navíos del señor Churchill.

El periódico nos dirá después el resultado de cadauna de las aventuras. Nos dirá, por ejemplo, que el submarino del que es comandante el teniente-capitán Oehrn lleva hundidas 50.000 toneladas.

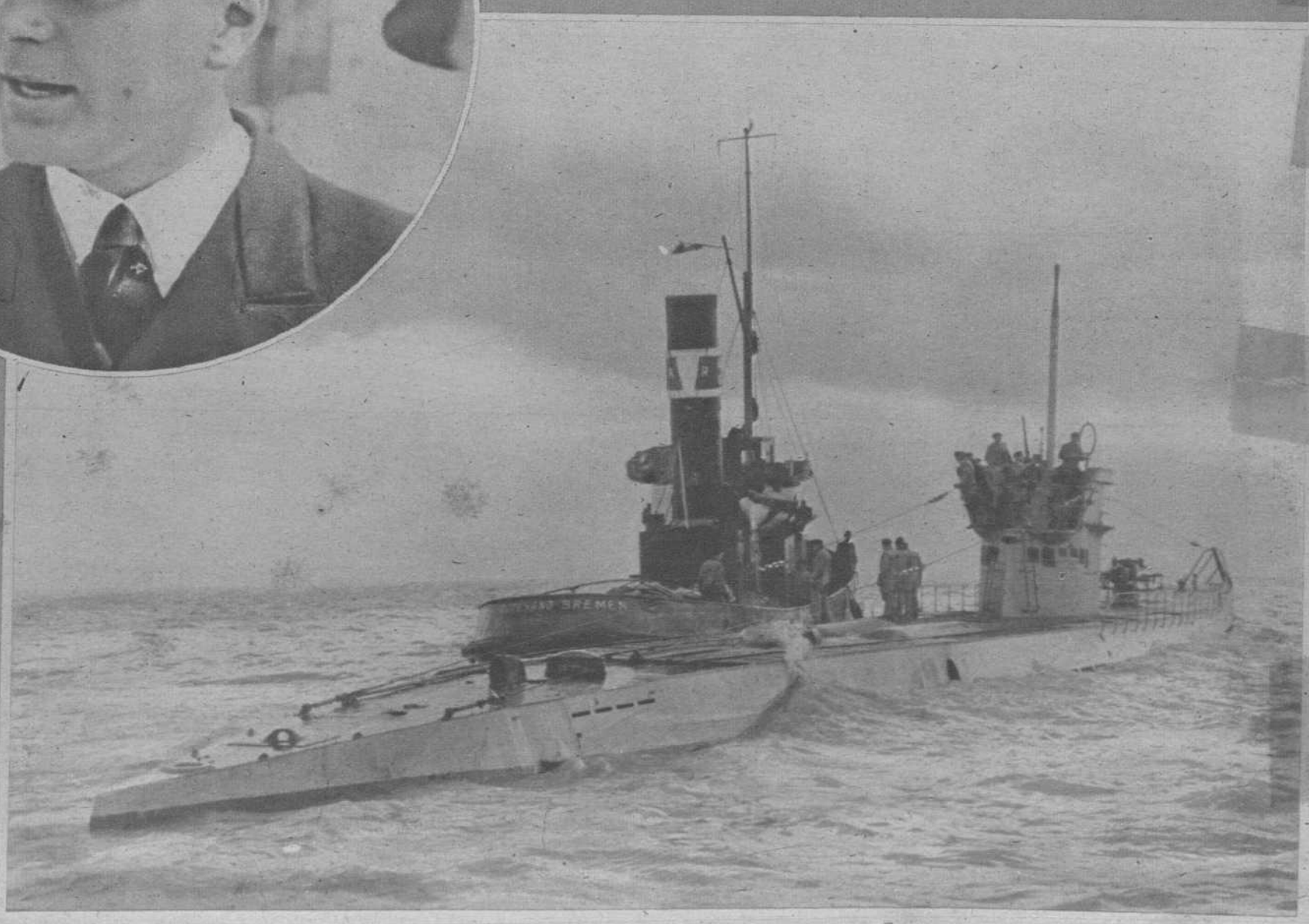
Se hunden los barcos, que es como hundir Inglaterra.

JULIO MARTORELL

ya famoso niente-capi- n Oehrn, co- ndante de un bmarino ale- án, que en el cur- de cinco viajes ndió un total de ento cincuenta ll toneladas ene- migas

ntes de empren- r la ruta se hace corto viaje de sayo, que, entre ras cosas, sirve ra establecer la municación por dio. El remolca- r que aparece al do del submari- ha servido pa- la experiencia

(Fots. B.)



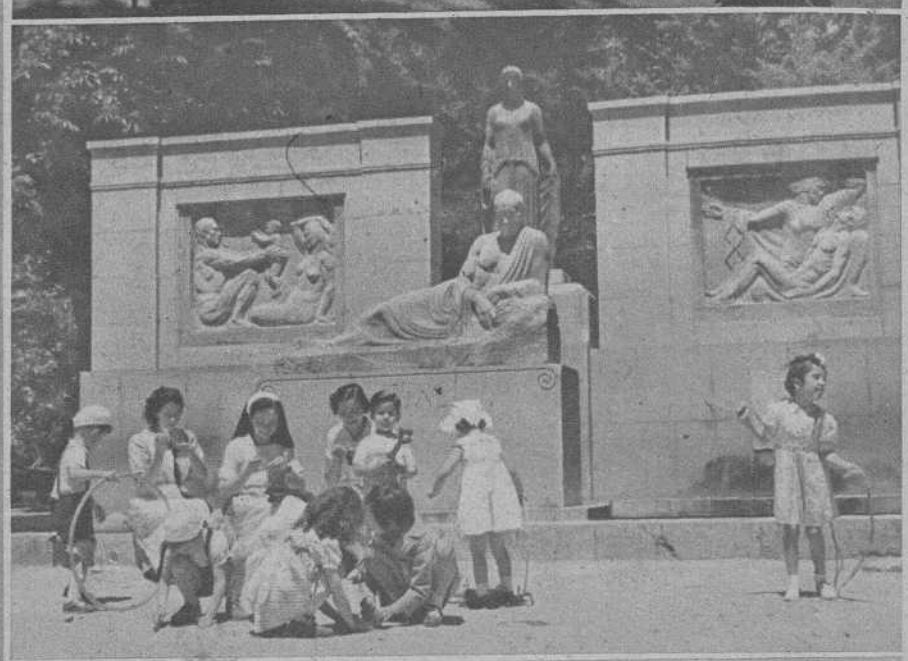
PARQUES DE MADRID

EL RETIRO

en verano

El Retiro se ha convertido, al llegar el verano, en el lugar predilecto de la chiquillería... y de no pocos mayores. Esta es la época del año en que el amplio parque ofrece sus mejores atractivos. En los paseos, por los que el sol intenta filtrarse a través de las espesas copas de los árboles, fingiendo con sus juegos de luz y sombras dibujos quiméricos, la infancia se entrega a sus juegos ingenuos. Por las amplias avenidas van alegres y bulliciosos los pequeños ciclistas y cultivan sin peligro su afición deportiva. Ruedan por el Paseo de Coches los relucientes y limpios automóviles. En la baranda del Estanque grande una larga fila de ociosos contempla filosóficamente las tranquilas aguas. Y un grupo de jinetes y amazonas hace recordar otros tiempos que ahora resurgen

(Pots. Luis Hess)



Jorge VI de Inglaterra y I de Judea parece estudiar sobre este plano la delimitación de fronteras, dentro de las cuales ha de ser instalado el Estado Libre judaico

Jorge VI, sucesor de Herodes. En reciente tratado entre Inglaterra y la Agencia hebrea, con domicilio en Londres, ha sido otorgada a Su Graciosa Majestad la corona del proyectado Reino de Judea →

JORGE VI, REY DE LOS JUDIOS

Nada menos que de Potencia a Potencia, ha firmado Gran Bretaña un pacto con los judíos. Por él, Jorge VI, el masonísimo monarca inglés, asociará a su corona, en la hipótesis de una victoria, el reino de Judea. Antigua es esta política filojudaica en Inglaterra. No hemos de olvidar que en Londres hallaron cobijo y honra los judaizantes españoles del siglo XVI como los grandes pseudo-filósofos de la raza maldita expulsados, hace un lustro, de la Alemania Nacionalsocialista. Pudiéramos afirmar, sin necesidad de urgir la prueba, que la contienda actual la desencadenaron los judíos con ánimo de dominar a Europa y aplastar todo poder o pensamiento contrario a su hegemonía. En España como en Polonia, en París como en Londres, fueron judías las mentes que urdieron el catastrófico plan de asolar los módulos políticos totalitarios y nacionales de Europa. Pero la proverbial astucia hebrea había disimulado sus propósitos tras la mampara de la Democracia. Ahora ya sabemos que el verdadero fin de la guerra actual, cuya primera y más costosa batalla ganamos los españoles, era extender el dominio anglojudío a todos los Estados europeos e instalar en su país de origen a las errabundas caravanas delcidas. Esta, por lo visto, es la defensa que Inglaterra pretendía hacer del cristianismo.

Patente queda la farsa. ¿O cree algún cándido en que la civilización de Cristo, basada en la caridad y en la más austera moral humana, puede ser amparada por los descendientes de Caifás? Si el reino judío se volviera a instaurar a orillas del Mediterráneo, con la Escuadra inglesa por amenaza, pronto veríamos el Anticristo señorearnos. No es la Cruz redentora el símbolo de Londres y del Sanhedrín hebraico, sino el Becerro de Oro, el Capitalismo como régimen de explotación humana y el odio más cauto contra el Decálogo cristiano. Por algo, tras la rúbrica del pacto anglojudío, se advierte la sombra del compás y del triángulo masónico. Una vez más, la masonería y el judaísmo aparecen como aliadas de Inglaterra. No en balde es Londres la sede de la Internacional talmúdica y Jorge VI el jefe de la masonería insular y quién sabe si también de la continental y mundial.

Cuando todos creíamos que Inglaterra se había quedado sola contra Europa entera y ya algunos corazones de manteca comenzaban a derretirse ante el riesgo de que el gran Nabucodonosor de nuestros tiempos comenzase a desmoronarse, he aquí que orgullosamente nos lanza en amenaza a su poderoso aliado, el reino judío. Verdad que es un reino sin territorio, pero su fuerza radica precisamente en ser invisible. Jorge VI, sucesor de Herodes, acaso se está diciendo para sus adentros: esos europeos son unos *inocentes* a quienes voy a descabezar.

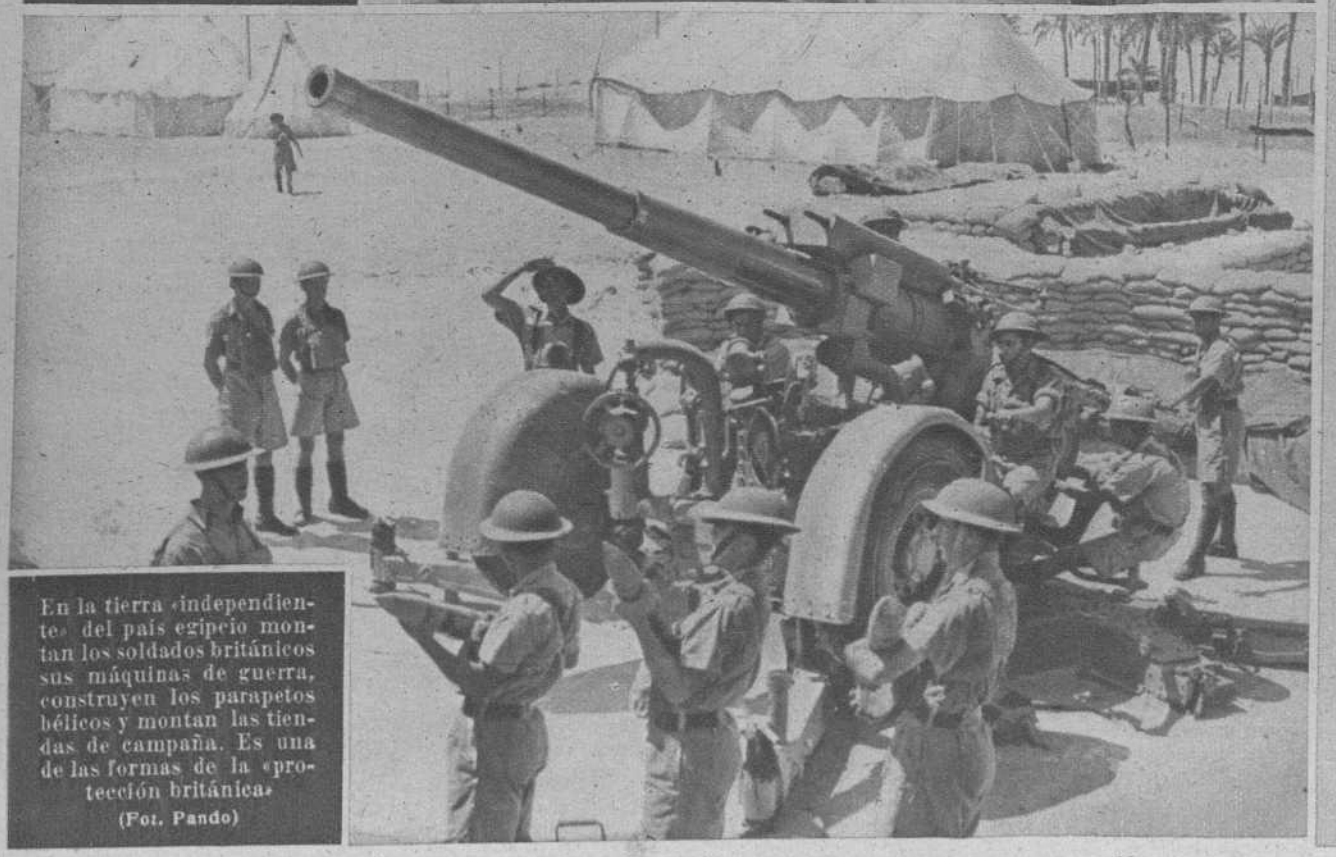
No sabemos el efecto que habrá causado al Negus, Haile Selassie, el proyecto de adjudicar a Judea una parte de Abisinia en calidad de colonia. Es indudable que con esta nueva jugada política no sale muy bien parada Inglaterrá de su fama de pérfida. Lo que, desde luego, creemos es que los heroicos cristianos del Líbano no estarán muy conformes con entrar a integrar la nueva Judea. Casi preferirían caer otrá vez en manos de sus eternos enemigos los turcos.

Acaso Inglaterra no se ha percatado cabalmente que, con la publicación de este tratado con los judíos, ha puesto en claro los verdaderos móviles de su guerra a Europa. Francamente, estimamos que los europeos son de más alta prosapia, aunque se llamen polacos, noruegos o franceses, que para desempeñar el oficio de genízaros del *rey de los judíos* y que no merece la pena destruir naciones de tan gloriosa Historia civilizadora como, por ejemplo, España, Alemania e Italia, para lograr asentamiento definitivo al nomadismo de menos tribus gemebundas. Y, por eso, nos inclinamos a la sospecha de que, una vez más, Inglaterra quiere seguir su táctica de luchar «hasta el último aliado», a trueque de salir sin daño ella y sus «tommys». Y ciertamente, haría Inglaterra un gran servicio a Europa —y a la Humanidad— si luchara ahora *hasta el último judío.*

Entonces, sepa Inglaterra que sus vencedores serían extremadamente generosos con ella.

El puerto de Alejandría, donde varios barcos de guerra franceses, al mando del almirante Godfroy, han sido inutilizados para la navegación, ante la amenaza inglesa de destruir no sólo los barcos sino la ciudad (Fot. Gyenes)

Por los caminos arenosos de los desiertos de Egipto cruzan los cañones antitanques del ejército inglés como una demostración de que Inglaterra no es sino la última y más terrible de las plagas de Egipto (Fot. Pando)



En la tierra «independiente» del país egipcio montan los soldados británicos sus máquinas de guerra, construyen los parapetos bélicos y montan las tiendas de campaña. Es una de las formas de la «protección británica» (Fot. Pando)

Consecuentes con su procedimiento de preferir la lucha los soldados de otros países, los ingleses

INGLATERRA Y SU

¿LA ULTIMA
E G I

Un reino independiente

En ese organismo extraño, casi incomprensible para nosotros que se llama el imperio inglés, imperio donde hay dominios con parlamento propio representación diplomática, donde hay colonias y mandatos y no sé cuántas cosas más, Egipto, tal vez por respeto a su vieja civilización, a los fastos de su historia milenaria, es un reino independiente y completamente dueño de sí. ¿Qué le liga entonces a Inglaterra? ¿Por qué todos los días los periódicos hablan del ejército inglés de Egipto? ¿Es que se trata de un ejército de ocupación? ¿No quedábamos en que Egipto, aun cuando no se comprenda fácilmente, pertenece de algún modo al imperio británico?

Efectivamente, Inglaterra hace mucho que «estaba» en Egipto y ya sabemos lo que el lenguaje internacional y diplomático quiere decir con eso. Egipto no es como a una mirada superficial y frívola pudiera parecernos, un desierto de arenales y de tumbas, apenas utilizable en la estrecha faja que el Nilo fué fertilizando al través de los pedruscos. En pleno arenal hay huertas como la de Fayum, donde se cultivan las uvas más dulces y las rosas más bellas de la tierra. Egipto tiene, pues, sus oasis, tiene su valle del Nilo y tiene el delta de este río, el inmenso triángulo lleno de sementeras, siempre tan lozanas entre canales tan límpidos que ya la gentil poesía de los persas lo comparó a un abanico de seda verde con varillaje de diamantes.

El sudor del «fellah» en una copa

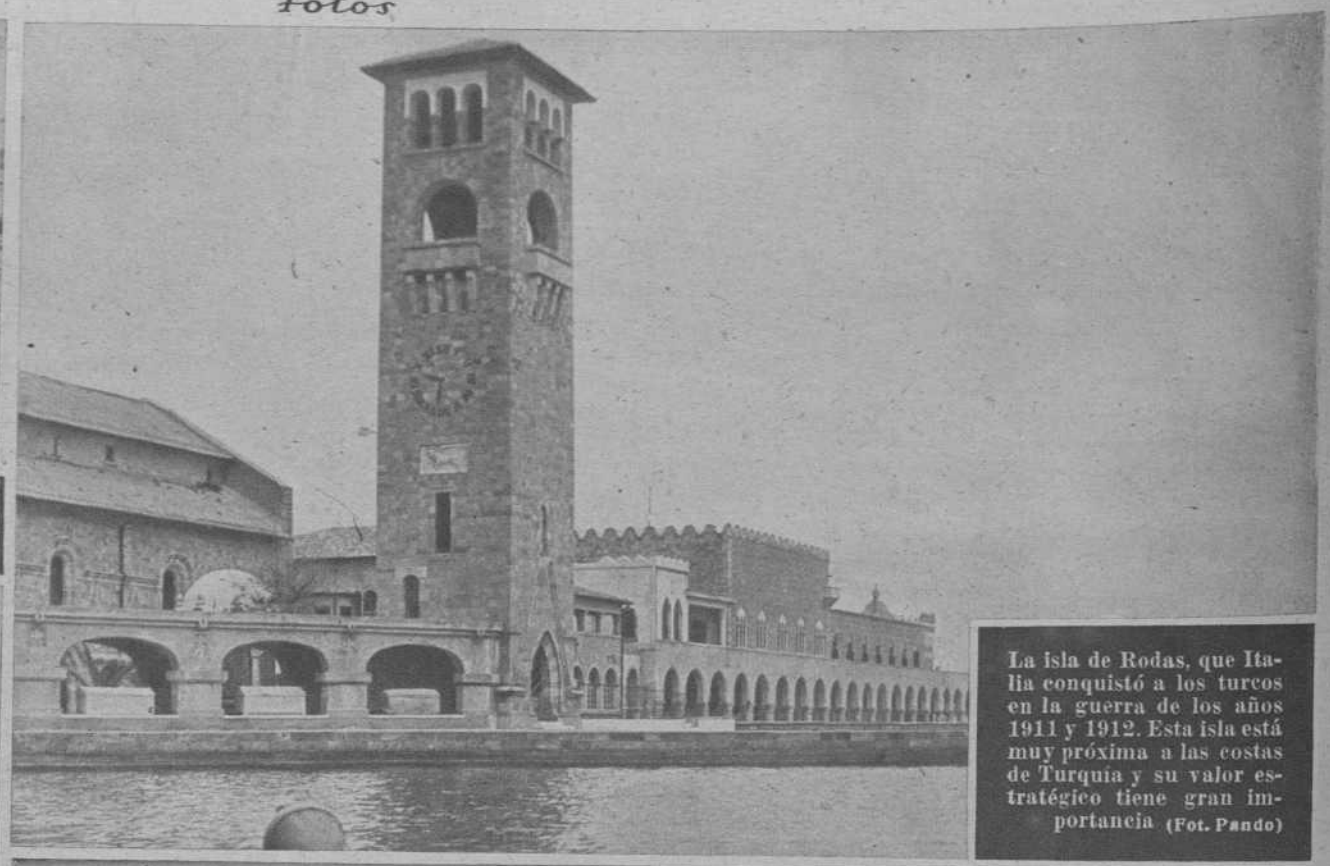
Mas para Inglaterra tiene desde hace tiempo algo de mayor importancia todavía al tener Suez: el canal que, naciendo para ser egipcio o francés cuando muchó, acabó por pertenecerle íntegramente. El procedimiento consistió en enredar al Kedive con ellas en deudas que no pudiese pagarle nunca. ¿Para qué querría aquel hombre tantos millones? ¿Para extender por el país, con nuevos métodos de trabajo, un agente de riqueza superior acaso a las inundaciones periódicas del Nilo? El Kedive no tenía ni idea de que el dinero sirviese para una cosa así. Buen príncipe de Oriente lo gastaba en lujos y en faustos. Cuando la apertura del Canal, por ejemplo, lo pagó todo. Dos millones para las iluminaciones de El Cairo, cuatro para el banquete que dió en Ismailía, setenta para los dos cientos invitados que, sólo en «champagne», bebieronse tres.

—Al beber el «champagne» —dice uno de los invitados al banquete de Ismailía— me parecía estar bebiendo, espumoso y dulce, el sudor del «fellah» recogido en una copa.

Cuarta destrucción de Alejandría

Por eso, casi tan antigua como la ingerencia británica en la vida del país, es la decisión, por parte de los egipcios, de librarse de ella. De entre los trabajadores de la tierra se levantaban frecuentemente apóstoles proclamando la necesidad de un nuevo Egipto, un Egipto dueño de sí, un Egipto para los egipcios y no para los ingleses. Alejandría, que por algo había sido la heredera de Atenas y de Roma sobre el Mediterráneo, creyóse obligada a convertirse en centro de la protesta. Hubo disturbios, saqueos, asesinatos. Asesinatos de ciudadanos ingleses, saqueo de casas inglesas. Inglaterra sintióse también en la obligación de

llevado a Egipto un gran contingente de tropas obligadas a ir allí desde la India (Fot. Pando)



La isla de Rodas, que Italia conquistó a los turcos en la guerra de los años 1911 y 1912. Esta isla está muy próxima a las costas de Turquía y su valor estratégico tiene gran importancia (Fot. Pando)

EJERCITO AFRICANO

PLAGA DE PTO?

hacer algo y la ciudad, asombro antiguamente del mundo, como en tiempos del califa Omar, ardió una noche, una serena noche de estío, bajo las bombas que le arrojaban los cañones de los buques ingleses. Entonces fué cuando nació la frase que tanto se ha repetido luego por el país:

—Inglaterra no es otra cosa que la última y más terrible de todas las plagas de Egipto.

La escuadra francesa

Pero no todos sus representantes se comportaron como el que decretó la cuarta destrucción de Alejandría. Uno de los últimos, lord Allemby, llegó a apoyar a los egipcios en sus pretensiones de independencia, si bien es verdad que ellos, para dar más fuerza a la petición, habían organizado nuevos disturbios y nuevos crímenes. Pero bien. Lord Allemby aconsejó a la metrópoli que no fuese tonta y Egipto se convertía al poco tiempo en un Estado ya independiente de verdad, aun cuando reservándose Inglaterra el terrible derecho de defenderlo si alguien pretendía abusar de él. De ahí esas tropas inglesas sobre las arenas del desierto, esos barcos de guerra ingleses en Alejandría, esos cañones británicos en todas las fronteras del territorio.

Y por culpa de semejante protección, hace poco, la mañana misma del ataque a la Escuadra francesa de Orán, Alejandría estuvo a punto de ser destruída por quinta vez. En el puerto, entre otros buques franceses, había un acorazado y cuatro cruceros que Inglaterra, como un enamorado al modo latino, quería para sí o para nadie. De no declararse suyos, de no ponerse por lo menos en condiciones de que sus rivales no quisiesen nada con ellos, estaba dispuesta a destruirlos, destruyendo al mismo tiempo Alejandría si era menester. Y gracias a que el almirante Godfroy, haciéndose cargo de tan poderosas razones, aceptó lo menos molesto para él y para su patria, y la catástrofe pudo evitarse.

Mirando al Mar Rojo

Egipto, sí, nadie lo duda, es un país independiente, con ejército, con representación diplomática, donde el rey, cuya sucesión se trasmite por herencia, acuña moneda, declara la guerra, firma tratados. Pero Inglaterra, con tan altos intereses en el país, tiene allí otro ejército también, un ejército inglés para defender incluso a Egipto de sí mismo. Ejército que, naturalmente, va a lo suyo, y ahora, a pesar del visible disgusto que esto le produce a los egipcios, allí está, en el desierto y en los oasis, sobre las tumbas y al pie de los monumentos, viejos de miles y miles de años, levantando hacia el cielo los tubos de sus cañones antiaéreos, haciendo ejercicios, preparándose. Y Egipto, que no ha olvidado el éxodo de los hebreos, mira hacia el Mar Rojo y al no ver nada allí, mira al cielo por si vienen las aves de guerra que puedan darle una alegría igual a la de entonces. No se trata del odio ancestral del creyente hacia la cruz, sino de algo que por lo visto ya no puede sufrirse. Un egipcio, visitante frecuente de Madrid y entusiasta de sus chulerías, me decía hace poco:

—Es que estamos de nuestra protectora hasta lo más alto de las pirámides.

ROBERTO SIDNEY

El mismo espectáculo por todos los lugares de la tierra de los faraones. Sacos terreros, cañones antiaéreos servidos por soldados extranjeros, magníficamente uniformados (Fot. Pando)

El joven rey Farouk de Egipto, monarca de un país con ejército propio, pero en el que Inglaterra ha situado otro ejército para dispensar a Egipto una de esas protecciones que tan funestas han sido para otros países (Fot. Gyenes)

TOREROS y TOROS

Recortes desde el TENDIDO

7 de Julio. Novillos de Manuel García para P. Barrera, Pepe Luis Vázquez y «Gallito»

El cartel de «No hay billetes» decía cuál era el entusiasmo del público por la novillada.

Al acabar la corrida, el cartel seguía en las taquillas; pero el entusiasmo se había esfumado y en su lugar se oía el eco de las protestas.

Pepe Luis abre el capote como si fuera un abanico

Pedro Barrera, Pepe Luis Vázquez y Rafael Ortega «Gallito»

Pedro Barrera quería completar el éxito anterior y al torear como días antes pasó a la enfermería dolorido y maltrecho, pero dejó un buen sabor de boca en la afición.

• •

Pepe Luis Vázquez quería dar su ¡adiós! al público madrileño como novillero; pero... la cosa no se le dió bien y todo quedó reducido a un ¡hasta luego! y este *luego* ha sido el jueves, día 11.

• •

«Gallitos, el sobrino del gran Rafael, quería *destaparse* del todo en Madrid y convencer a los que creen y a los que dudan y... sólo consiguió sacar los pies más allá de las sábanas.

• •

Dos «capitalistas» se lanzaron al ruedo y los dos hicieron el ridículo.

A uno de ellos lo cogió el novillo contra las tablas y estuvo a punto de matarlo.

Los dos terminaron en el camión de los detenidos.

• •

Ya que hablamos de los «espontáneos», diremos que los mismos que pitaban a los toreros aplaudieron a los dos «chalados». ¡¡Buenos aficionados y humanos espectadores!!

• •

Perico Barrera, cuando se ceñía a su enemigo, fué prendido por éste, que lo lanzó al suelo, donde el espada quedó conmocionado y en peligro de ser nuevamente volteado.

Un empleado de la plaza, con su blanco pañuelo, quiso hacer el quite.

• •

Durante una de las faenas de «Gallito» y cuando menos se podía pensar, el astado, presa de un súbito deseo de huir, quiso saltar la barrera y como sus fuerzas no se lo permitían, agarrado con una pata a los tableros forcejeó para hacer el mutis.

• •

El desfile del público fué más silencioso que de costumbre. Todos iban roncos y no podían ni hablar.

• •

Los picadores denominan la «carioca» a una suerte que no es la de picar.

El «respetable» ya no les deja *danzar* y al que insinúa ese baile le mueven el tango.

«Gallito» pone en los lances su gracia gitana

11 de Julio. Novillos de Sánchez Fabrés hermanos, para Pepe Luis Vázquez, «Gallito» y Paquito Casado

Después de su grave cogida, reaparece en Madrid Paquito Casado y como es natural,

El «capitalista» volteado entre las tablas

vuelve con su carilla de chico travieso que juega al toro en un solar.

• •

Pepe Luis Vázquez va a pasar a la categoría de matador de toros y el mes próximo, en Sevilla, cogerá la borla de doctor en Tauromaquia.

• •

Gallito, cuando torea, compone la figura y a sus lances les echa gracia y sal...; pero algunas veces el público le avinagra la cosa...

• •

Pepe Luis Vázquez, al rematar, gira ante el novillo y le marca la salida con su capotillo abierto como un rojo abanico.

• •

Casado se arrima tanto a los novillos, que en más de una ocasión se oleva antes de los tendidos un ¡ay! que un ¡olé!

Paquito Casado parece un chiquillo que juega al toro
(Pots. Ortiz)

llegó la noche
una pastilla de
LAXEN BUSTO
le arreglará el intestino
¡laxante prodigioso!

IRLANDA ante la GUERRA

¿SE RESTAURARÁ LA CALZADA DE LOS GIGANTES?

FRENTE a las costas de Galicia viajaba yo en un trasatlántico con un individuo que por su estatura, por su ropa, por su acento, por todo, era sin la menor duda un inglés. Pero como viniese a cuento preguntárselo, el hombre protestó verdaderamente ofendido:

—Llámeme cualquier cosa. Llámeme lo que usted quiera, menos eso. Yo soy irlandés.

Le miré asombrado, como diciéndole qué más daría. Yo no podía ignorar que, dentro del imperio y hasta del reino, los irlandeses tenían su personalidad distinta de la personalidad de los ingleses. Pero eso era una cuestión de matiz. Iguales de tipo unos y otros y hablando de la misma manera, ¿cómo exigirle a un extranjero, en una conversación de paso, que marcase bien las diferencias?

—Pues mire — explicó más apaciguado el hombre —. De no ser irlandeses, seremos cualquier otra cosa, pero ingleses no. Seremos alemanes, ya que los celtas, de quienes principalmente descendemos, procedían en su mayor parte de las orillas del Rhin. Seremos romanos, por nuestro carácter de católicos. Y hasta puede que seamos, ante todo españoles, de Galicia.

—¿De Galicia?

Sobre cubierta, viendo las costas desarrollarse ante nosotros, sin preocuparse para nada de mi asombro, me descerrajó inmediatamente su teoría. Irlanda, la tierra, la isla, acaso fué nuestra en otro tiempo. Nuestra de un modo material, pedazo de España que un cataclismo geológico hizo navegar hasta donde hoy se encuentra como navegaban las barcas de piedra de los santos. La demostración estaba en aquellos acantilados que veíamos, algunos de los cuales eran un vaciado perfecto de otros acantilados irlandeses. Pero no siempre una misma tierra hace a los hombres iguales. La hermandad entre irlandeses y gallegos estaba en otras cosas. Monumentos comunes. El idioma primitivo de ambos pueblos. La gaita, sonando igualmente en los valles de los dos. La costumbre de peregrinar a los santuarios famosos, uno de los cuales, Saint Patrick de Scaberry, es una especie de San Andrés de Teixidó, a donde el que no fué en vida tiene que ir de muerto.

—Y algo más — añadió misteriosamente

• •

¿A qué quería aludir? ¿Cómo comparar la triste bomba, casi un cohete de fiesta que el gallego desesperado ponía bajo la ventana del cacique para hacerle un ligero destrozo en las maderas, con los palacios ardiendo todas las noches y los terratenientes apareciendo muertos todas las mañanas por los caminos irlandeses? Irlanda, en realidad, la verde, la dulce Erín, no es precisamente una tierra de égloga. Pero los crímenes que durante tanto tiempo la ensangrentaron no se cometían contra el lord por sus abusos, sino por ser inglés. Pocos pueblos tan constantes efectivamente en sus sentimientos como éste en su odio a los ingleses. Odio fuerte, inextinguible, como todo lo que, enraizado en el instinto, está por encima de la razón. Ya podía Inglaterra establecer industrias en Irlanda para aumentar el trabajo y hasta repartir dinero sin pedir a cambio cosa ninguna. Al irlandés no lo sobornaba. Por eso, al comienzo de la guerra anterior, dándose cuenta de la imprudencia que estaba cometiendo, no tardó en retirar de todos los frentes a los soldados irlandeses.

«En Irlanda — había dicho un gran observador de la vida del país — siempre que dos hombres se reúnen ya están conspirando. Si saben que son cuatro, marchan a apedrear a la policía. ¿Qué no ocurrirá cuando se sientan en número de cien o doscientos mil?» Que se sintiesen tantos, enterados de las cosas de la guerra y con conciencia de su fuerza, fué sin duda el temor de los ingleses. Mi irlandés completó el informe:

—Eso ya no lo puede evitar. Y no importa que no tengamos armas. Alemania tal vez no deje de dárnoslas.

—¿Pero podrá?

El hombre meditó un segundo:

—Seguramente no. Ya veremos, sin embargo.

Y sonreía enigmáticamente.

—¿Usted no ha oído hablar de la Calzada de los Gigantes? ¡Con tal que Irlanda se acuerde de la profecía!

¡La Calzada de los Gigantes! Es un monumento natural, un amontonamiento de piedras basálticas, al norte del condado de Antrim, que a modo de camino para titanes va a perderse en el mar, y en una imaginación moldeada por las brumas como, la de los irlandeses, no podía dejar de dar su fruto. Efectivamente esas piedras son restos de la calzada que el gigante Finn Mac Coul, el primer conde de Antrim, trazó para ofrecer caballerescamente un paso a su rival inglés, el gigante Ballendoner, que le desafiaba. Por allí huyó Ballendoner más tarde y por allí Irlanda, si en un lunes de Pascua iniciase la lucha, había de ver al cabo la fuga definitiva del invasor.

• •

Poco tiempo después «leaders» de la independencia irlandesa que estaban en Berlín, desembarcaban en las costas de Irlanda a bordo de un submarino. Y es curioso. La Historia, no la leyenda, dice que apenas pasados unos días, el 24 de abril de 1916, lunes de Pascua precisamente, sobre las calles de Dublín daba comienzo la revuelta. Una mujer noble y bella, la famosa condesa Markiewicz, la capitaneaba. Terratenientes como Plunkrett y obreros como Connolly, figuraban entre los caudillos. Junto a ellos veíase a un hombre delgado, de tez pálida, con el fuego en la voz y en los ojos de los inspirados, que se llamaba Eamonn de Valera. Viejos y jóvenes, algunos que no habían llegado a los dieciséis años, lucharon en las calles durante cinco días. Inglaterra, como de costumbre, ahogó la revuelta en sangre, derramada cruelmente, hasta esperando, para fusilarlo, los largos meses que Connolly tardó en curar de sus heridas.

Pero Irlanda no se dió por vencida. Más revueltas. Más luchas. Sacrificios como el del alcalde de Cork, que se dejó morir de hambre en la cárcel de Brixton por negarse a admitir el derecho de Inglaterra a tenerle preso. Y al fin, para poner de algún modo un término a todo esto, el reconocimiento del Estado libre de Irlanda. ¿Libre? Eamonn de Valera, presidente de la República irlandesa, mueve la cabeza dubitativamente. El país, por su parte, se ríe con risa atravesada y de nada buen augurio, Y es que no hay manera. Ya pueden los irlandeses hablar inglés [illegible] y no gaélico hasta en el seno de la familia, ser rubios, encargarse las corbatas a donde se las hacen a Mr. Edén, comprender, como su compatriota Mr. Blythe que la libertad y la independencia de la República irlandesa estarán mejor defendidas dentro que fuera del Imperio inglés. De los ingleses no quieren nada.

—Lo mejor, lo más leal que tienen para nosotros — dicen — son las balas de sus fusiles.

Y como en los comienzos de la guerra anterior, vuelven los ojos a Alemania para quien los irlandeses, con su odio y con su isla, serían tan útiles de realizarse el proyectado ataque a Inglaterra. A Alemania y a los fustes basálticos del condado de Antrim. ¿Lo que en 1916 no fué posible hacerse, se hará ahora? ¿Restaurará Irlanda su calzada simbólica para dar paso al gigante amigo que le ayude a ver realmente la huída del invasor?

FRANCISCO CAMBA

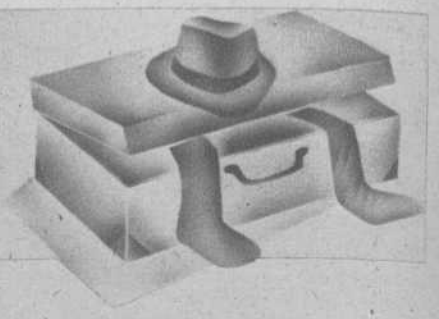
De Valera, presidente del Estado libre de Irlanda, el nuevo país a quien los ingleses quieren arrastrar a la guerra

fotos

un cuento cada semana

El hombre del sombrero gris

por Diego NAVARRO



UN corredor es un sitio en el que las cosas y las personas sufren el ahogo de una presión lateral que empuja hacia el techo a los pensamientos como a chopos; y aquel corredor convertía en chopos a los pensamientos como ningún otro, con la fuerza de infinitos suspiros de muchachas adolescentes que fertilizaban aquel suelo enlosetado con las más descaradas ilusiones. Aquel corredor tenía una fila de ventanas abiertas a un jardín y otra fila, opuesta a la anterior, que tenía los cristales tenuemente opacos, sin que se supiese qué guardaban aquellos vidrios jabonosos detrás de su blancura.

Cada tres ventanas opacas había una puerta de color de crema, y dos veces al día, mañana y tarde, cruzaba el corredor sentimental el hombre del sombrero gris. Su guardarropa era vario y juguetón; sólo el uso continuado de un sombrero gris daba a aquel caballero su aire inconfundible, su maravillosa arrogancia que llenaba de alegría el corredor entristecido por media docena de palmeras decrépitas; y las muchachas, que cuatro veces al día pasaban por el pasillo, llegaron a creer que los ángeles suelen llevar sombrero.

Aquel ángel, que no era ángel, iba al cine y se llamaba Federico. Claro está que ni aun las muchachas de la clase cuarta, que adornaban su uniforme con el más descarado color rosa de su cinta, se atrevieron a llamar por su nombre a secas al propietario del sombrero gris. Era «Don Federico»; y el «don», campaneando en el aula blanca, traía tantos ecos de lección de geografía que se olvidaban un poco las muchachas de que había un corredor que convertía en chopos a los pensamientos ociosos que en la capilla fueron sedimentándose.

Pero el corredor era un lugar de tan obligado silencio que carecía de suspiros. De vez en cuando, las mujeres que limpiaban golpeaban con sus instrumentos el cerquillo de azulejos que bordeaba la pared, y entonces parecía que despertaban duendes madrugadores. (Seis de la mañana de los días nones.)

Los ojos de Alicia, que eran azules de tanto mirar al cielo, se iban volviendo grises, y así fué como la Superiora encontró la causa de que las seis palmeras del corredor estuviesen rejuvenecidas.

Ernestina aprendió una sonrisa tan marfileña y tan convincente, que hizo creer a Amparito que las muchachas feas sabían muchas más cosas que las bonitas. Y quizá, no se sabe bien, las muchachas de aquel colegio se estiraban las ominosas medias de algodón con el convencimiento de que eran una mujercitas. Cavilosamente.

Pero lo peor ocurrió en Navidades. Y el colegio se llenó de ausencias y ocios aburridos, cuando la capilla recogía los villancicos ingenuos de las pocas muchachas que quedaban.

Por la ventana grande del comedor se veían los prados mojados de nieve, como mantel bordado por las niñas pequeñas.

La luz del mediodía no lograba romper el tenue gris-dorado del paisaje, y las colegialas velaban el tedio precipitado de la pereza.

En el vestíbulo, la hermana portera, tan pequeña y simpática, hablaba de santos y de virtudes con Ernestina. Por la puerta abierta entraba el frío místico de las corderas de Dios; ese frío que impone la meditación y envuelve la luz en sensaciones confitadas.

La carretera, húmeda y embarrada, adquirió, en un momento, prestigio de cinta luminosa, de escala celeste, como en aparición súbita de ángeles mensajeros y palomas de sabiduría; las zarzas grises y enrojecidas limitaron el arcaduz esplendente del camino, y el caballero del sombrero gris apareció en el horizonte aturbonado y plomizo.

Charito, allá en la ventana del comedor, volvió repentinamente al paisaje decembrino, olvidando salones y candelabros, músicas invisibles de orquestas de fantasía adolescente. Su mano dejó de tamborilear el cristal y se quedó sin atreverse a pensar en nada, como si el mundo, inefable en este momento, se hubiese convertido en una realidad suprarracional, lejana al pensamiento e inaccesible a la ternura de su espíritu. Quedó mirando y dejó resbalar su mano por el cristal frío, patinando en el hielo que separa las cosas del deseo humano.

Ernestina, sin que nadie se diese cuenta, cerró los oídos a las palabras sencillas de la hermana portera y abrió los ojos dorados y pequeños para que en ellos pudiese caber la grandeza que derramaba el horizonte. En el laberinto breve de sus orejas se escurrían las palabras, escapándose hacia el olvido y la ausencia.

Charito aplastó la frente contra la ventana y se alisó el cabello. Sintió que el silencio la tentaba con sus manos enguantadas y vaciló un momento. Don Federico caminaba despacio y como aburrido. Era un hombre extraño éste don Federico: sin ser joven, mostraba eternamente un aire risueño; sin ser tonto, vivía apagadamente en la aldea, siendo profesor del colegio unas veces, concejal otras, cazador siempre. Venía hacia el colegio. ¿A qué vendría? Quizá a felicitar a la Superiora, quizá...

Ernestina notó que en sus ojos no cabía tanta claridad ni tan soñado prodigio y le dolió su pequeñez, como si lo diminuto de sus ojos fuese una espada grande y encanecida.

Desde arriba, Charito tenía una visión extraña del caballero del sombrero gris. La altura quitaba relieve al risueño profesor que tanto se equivocaba y que no daba importancia a nada. Ni aun a las sonrisas más atrevidas.

Desde abajo, Ernestina palpaba la inmediata proximidad del encanto. Sospechaba conversaciones providenciales y se sentía, sin saber por qué, maliciosa, aunque no sabía aun si la malicia era totalmente buena.

Charito y Ernestina asaeteaban tímidamente al hombre que se acercaba envuelto en una bufanda fantástica. Seguramente habría otra ventana desde la cual más de una colegiala haría lo mismo. Pero el hombre del sombrero gris seguía su camino sencillamente, cuidando tan sólo de evitar el barro.

Muy difícil fué para Ernestina ocultar su desasosiego, y la hermana portera era tan buena y tan inocente que no se dió cuenta de que la muchacha no se interesaba ya por el martirio de Santa Eulalia.

Don Federico estaba tan cerca del colegio que Charito, desde la altura de su mirador, tuvo miedo de ser vista e inició un movimiento de retirada, tan leve, que nadie se pudo dar cuenta sino de que tenía quince años.

Don Federico subió las escaleras con paso descuidado; tan descuidado como si no se diese cuenta de que los ojos dorados de Ernestina apuraban hasta el último detalle de sus gestos.

—¡Buenos días, hermana!

(La voz se derramó por los rincones.)

—Buenos días, don Federico.

—Buenos días, don Federico.

(El eco de la voz de Ernestina tomó del brazo al eco de la voz del hombre y los dos ecos juntos salieron por la puerta. Nadie se dió cuenta sino Ernestina. Por esto se ruborizó un poco.)

—Supongo, hermana, que los inocentes no la habrán gastado muchas bromas.

Ernestina se sintió tan poca cosa, tan lejana a las palabras de aquel hombre, que no encontró nada a qué compararse: ni a las chirivitas, ni a los gusanos tenues, amarillos y negros, que con la Primavera bajan de los pinos. Tenían más importancia que ella. Sí. Las chirivitas se ponen en el ojal.

La hermana sonrió.

—Bueno, bueno. De modo que la dejaron sin postre, ¿eh?

Y al decir esto, don Federico se divertía mucho.

No tenían nada que decir. La hermana saboreaba interiormente el resto de la historia de Santa Eulalia, tan bonita, interrumpida en el momento culminante. Ernestina, respetuosamente, estaba callada y sentía en el paladar de su corazón tierno el sabor de alguna palabra dirigida a ella y que no había nacido.

Charito continuaba apoyada sobre el vidrio de la ventana del comedor y en sus ojos vulgares había reflejos de Pascua. Se sentía tan superficial y tan leve que salió corriendo por el pasillo en busca de Amparito y de Alicia.

En el vestíbulo había nacido, de repente, un silencio pegajoso.

El hombre del sombrero gris preguntó precipitadamente por la Superiora, como si de ella dependiese algo tan íntimo y trascendental como el aire claro y frío del mes de diciembre, que entraba por la puerta abierta.

La hermana portera volvió desde su paraíso de mártires a la realidad de su oficio y Ernestina parpadeó, saboreando con los ojos la figura del hombre, tan llena de frío, que parecía que la nieve dispersa por las heredades vecinas había entrado a caballo de su bufanda.

—Estará en el jardín cogiendo flores para el Nacimiento. ¿Ha visto usted lo hermoso que este año está el Nacimiento? Antón, el herrero, ha arreglado el molino mecánico que hace tantos años que no funcionaba y da gusto verlo.

La voz de la hermanita retornaba a los campos ingenuos y a las praderas celestes de la beatitud sin malicia. El hombre hizo un gesto sin color. Ernestina se puso las manos a la espalda y juntó los pies. Allá arriba, las muchachas corrían y hablaban tan quedamente que nadie pudo saber lo que movía sus sonrisas. Quizá los duendes.

—Iré a buscarla. ¿En qué parte del jardín estará?

—Seguramente junto a la capilla antigua, a la derecha del estanque. O en la huerta misma, en el invernadero. ¿Sabe dónde?

Don Federico no sabía, pero no se atrevió a decirlo. Ausente a todo, vivía silenciosamente una encrucijada sentimental. Parecía poseso de un pecado que le obligaba al silencio en espera de una cumplida confesión.

La hermana portera, tan dulce y tan sabedora de congojas inocentes, se encontró, de pronto, con los ojos llenos de sabiduría.

—Acompaña a don Federico, Ernestina.

Y había tanta luz de suficiencia en sus miradas que la muchacha bajó la cabeza, esperando del aire frío del jardín tantas inconfesables peripecias que no supo qué hacer ni con las manos ni con las sonrisas.

II

El café se iba llenando de rumores ociosos de mediodía provinciano. Por las calles empezaron a discurrir muchachas recién peinadas y niños vestidos de blanco y vigilados desde tan lejos que nadie se daba cuenta de su sometimiento a la tutela de una aldeana risueña y bien comida.

Desde la ventana abierta del café, don Federico analizaba los detalles, poniendo en todos un poco de amargura, sin que él mismo se diese cuenta; tan sometido estaba a la voluntad de la nostalgia. Una neblina gris, ideal, que nacía y vivía sólo en el pensamiento del hombre, envolvía todas las calles de la ciudad, que se engalanaba prematuramente poniendo mechones verdes en los plátanos nacidos sobre la geometría del cemento. El parque vecino lanzaba luces desagradables desde sus bancos de azulejos azules y blancos. El hombre que regaba tenía un corazón avieso y trataba de inundar el banco recogido donde todos los días venía a sentarse la misma pareja entusiasmada. El tranvía gritaba en la soledad de la calle, para molestar. ¡Todo tan distinto a la aldea!

Una mujer rubia entró del brazo de un hombre tan lleno de vanidad, que los camareros se miraron entre sí, maliciosamente, devolviendo sonrisas como espejos de humildad. Espejos en lo que nadie se miraba. La pareja se sentó en un rincón sin saludar a nadie. A don Federico le hubiese gustado que le hubiesen saludado a él sólo, para darse el gusto de no devolver el saludo.

Se sentía incómodo dentro de aquella tremenda ociosidad que le llenaba de preocupaciones: había dado la vuelta al calcetín de la vida y deseaba el quehacer como el reposo; sólo que buscaba un trabajo afiligranado, algo así como una orfebrería de actividad.

Y las calles se llenaban poco a poco de ociosidades, alegremente recuperadas. Iban y venían los personajes del gran coro ciudadano sin decir nada definitivo a propósito de la gran tragedia de la ciudad; de esa espantosa peripecia que no percibe sino el nostálgico.

Don Federico se aburre y se siente aldeano. Más aldeano que nunca, y un poco triste en medio de su soledad inalcanzable que empieza a dolerle, ausente de los cerros habituales de su vida antigua, caliente en Primavera de sabor a heno.

Había venido a la ciudad hacía cerca de cuatro meses y todavía no había encontrado el motivo que le trajo; un perfil inconcreto de aventuras jugosas traídas por el viento distinguido de la ciudad.

Se levantó de la mesa del café y salió a la calle recién regada. El cielo se hacía notar por su amenaza de lluvia. «En las ciudades no se mira al cielo sino cuando llueve —pensó—.» Y esta idea le llevó a la casona de piedra levantada sobre el monte desde el cual el cielo era casi completamente redondo, festoneados sus bordes por la línea verde y ondulada del horizonte amable.

No era todavía la hora de comer. Los hombres y mujeres que tiene la ciudad después del mediodía llenaban el ambiente con su afán de ocio, con su aire cansado y su insatisfecha movilidad de animales sin sol. Pasaban sin saludar, sin sentirse hermanos de nadie, ajenos a todo y aun a sí mismos. Federico empezaba a encontrarse a sí propio, en la imposibilidad de confundirse con el ambiente. Su vida anterior había sido un continuo mirar hacia afuera, hacia las cosas gratas que le envolvía con su saludo y su gesto familiar.

Pero la ciudad permanecía encerrada en su desequilibrio y le negaba la palabra continua que las aldeas tienen siempre sobre los labios para dialogar con el espectador. Las infinitas cosas hablaban siempre de ellas, en un monólogo ensordecedor y egoísta. A Federico no le decían nada.

Aceleró el paso como temeroso de algo extraño que sólo en las islas inconexas puede existir, y el afán de la prisa fué borrando poco a poco el desasosiego.

fotos

El portal se abría sin el menor asomo de invitación, bañado en la oscuridad que califica a la modestia urbana de las cosas.

La escalera, como un camino mecánico y apurado, llevaba a sitios sin interés, a pisos donde el aburrimiento estaba clasificado a derechas e izquierdas.

El comedor de la fonda estaba desierto en honor a la regularidad de las costumbres de la casa, mientras el reloj marchitaba la una en punto de una tarde agria y desoladora.

Federico cogió un periódico y devolvió un saludo formulario. Por los dos balcones agobiados de visillos lanosos y desagradables entraba una luz especial, que sólo en las casas de pensión es posible encontrar; una luz torva que disimula los desconchones de la pared y lo absurdo de las escenas venatorias del papel pintado. En la lámpara con fleco verde había un reflejo dorado que lastimaba el sosiego interior que nunca era posible encontrar, asesinando en flor la tranquilidad que se perseguía.

A las dos en punto llegó la comida y estaban presentes todos los huéspedes. Gentes ordinarias, refinadas a su modo, por el roce de cosas alambicadas y sin fuerzas, que hacían chistes modestos; chistes de siete pesetas, incluyendo el lavado de la ropa.

Después de comer, Federico se marchó a su cuarto y se tendió sobre la colcha verde y blanca de algodón barato. La comida le pesaba sobre el alma por su falta de luz y su carencia de gula.

Por su pensamiento desfilaron escenas de antes, de ese antes tan cuajado de cosas que formaba en su espíritu como un bloque cerrado y completo que llenaba todo con su rotunda solidez. Las veredas de la aldea, bordeadas de zarzas, le llevaban a sus lugares preferidos. El monte, lleno de palomas blancas y tentadoras que volaban incitando al cazador y decorando el aire; las carretas henchidas de hierba que arrastraban las vacas con aire de hormiga, como si supieran que aquella carga sería su alimento en los días silenciosos del invierno blanco; el tenue grito del maíz y la formación negra de los chopos, a cuyo pie había bancos de piedra y una fuente fría que daba a los cántaros, graves sonoridades de tambor mágico. Por todos los caminos y desde todas las alturas se divisaba el colegio, edificado en lo más alto, con sus torres primorosas y ñoñas, con su espadaña aguda y blanca, amante de campanas y cigüeñas.

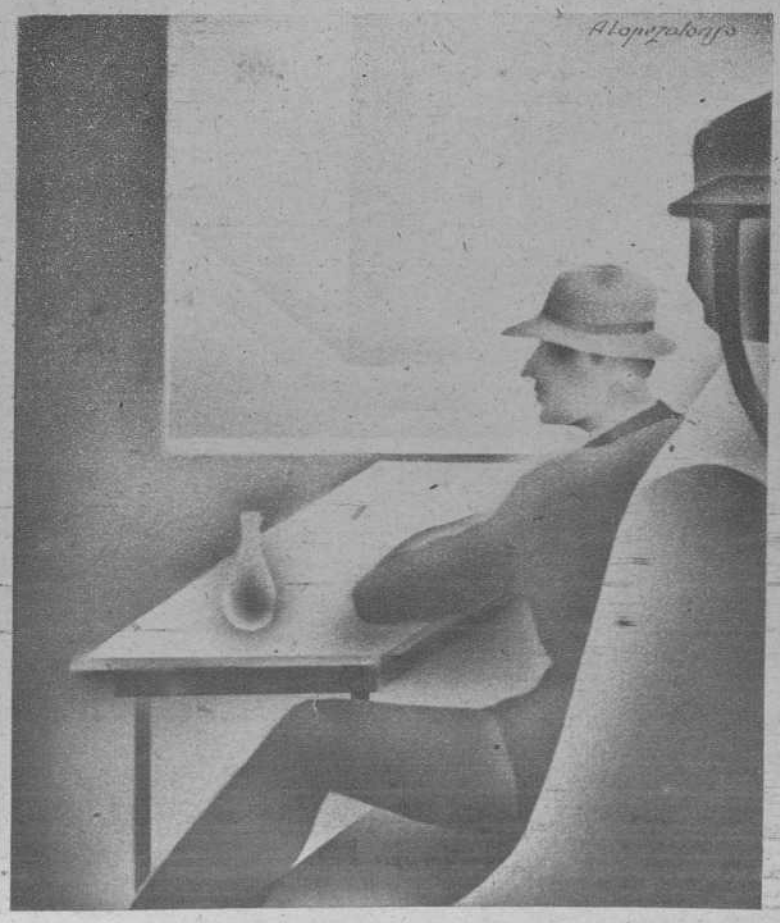
Federico se volvía a sentir don Federico dentro de aquellos corredores lejanos que recorrían las muchachas cuatro veces al día. La clase de Geografía era sabrosa como una fruta tomada a hurto y saboreada hasta el límite de la glotonería.

Permaneció en silencio absolutamente; sin pensar en nada. ¡Qué virtud tan varonil el silencio!

Una mañana de invierno había un jardín de monjas rodeando a una muchacha que tenía los ojos tan dorados, del color de té sentimental, que obligaba a vivir el insomnio duradero que viene tras la manifestación esplendorosa del ángel. En el jardín había nieve y un hombre que no supo dar al paisaje sino silencio. Virtud viril, sin ornamento, fría.

Llovía, y el teclear de las gotas sobre el cristal devolvió a Federico el sentido de la realidad. Se levantó y, en silencio (virtud varonil, romana casi), abrió el armario y, lentamente, fué sacando de él camisas, corbatas... Sobre la cama estaba la maleta, y, lentamente también, la fué llenando, siempre en silencio (virtud de hombre)...

.....



El camino ascendente que llevaba al colegio condujo a Federico al zaguán que recordaba siempre lleno de frío decembrino y claro. El día esplendente ponía al edificio pinceladas blancas y sombras azulencas, como ojeras de insomnio.

Desde la capilla, en la que se adivinaban altares violetas en Pasión de Semana Santa, venían voces ingenuas, más ingenuas aun por lo tremendo de sus palabras y el cristal de su adolescencia:

Perdón y clemencia,
perdón y piedad.

Parecía que Dios se regocijaba íntimamente del candor de estas palabras que no acusaban sino de inocencia íntegra y sostenida. Parecía que se habían puesto a cantar las rosas. Federico se sintió envejecido ante lo delicado de aquellas voces agudas, inalcanzables.

Subió despacio los seis escalones. La hermana portera le recibió alborozadamente, con un parlamento lleno de exclamaciones.

Federico hablaba y hablaba, sabiéndose vivir en el silencio. En el silencio: virtud romana.

FIN

(Ilustraciones de LOPEZ ALONSO)

Una nueva luz para su bello rostro

PUBLICIDAD GABERNET

POLVOS
GATITA

4 TONOS
BLANCO • RACHEL 1
RACHEL 2 • OCRE
Caja grande: 2 Ptas.
Caja pequeña: 1 Pta.
TIMBRE A METALICO

COMPACTO
FONT

6 TONOS
MARAVILLA • INDOSTAN
TOSTADO • MANDARINA
SALMON • ENCARNADO
Caja: 1'75 Pesetas
TIMBRE A METALICO

PERFUMERIA FONT
DE PRESTIGIO CENTENARIO
MALLORCA, 123
BARCELONA

Fotogramas

4.ª

SEMANA TRIUNFAL
DE
MICKEY ROONEY
EN
EL JUEZ HARVEY Y SUS HIJOS
¡LA PELICULA DE LA SIMPATIA ARREBATADORA!
(METRO GOLDWYN-MAYER)
EN CASTELLANO
ALCAZAR

Un fotograma de «Extasis fugaz», el drama de recia envergadura, cuyos protagonistas son Paul Lukas y Marie Ney

Mickey Rooney y Lewis Stone con los intérpretes de «El juez Harvey y sus hijos»

En «Piloto de pruebas», Clark Gable, Mirna Spencer y Loy Tracy se destacan poderosamente

CAPITOL Metro Goldwyn Mayer
REFRIGERADO
GRAN EXITO DE
CLARK **GABLE**
MYRNA SPENCER
LOY TRACY
Piloto de PRUEBAS
APTA PARA MENORES

FIGARO

Semana del 15 al 21 de Julio de 1940
SENSACIONAL PROGRAMA DOBLE
DEUDA DE SANGRE
TOM TYLER
y
EXTASIS FUGAZ
Un grandioso film de recia envergadura dramática
Por PAUL LUKAS - HUGH WILLIAMS - LINDEN TRAVERS y MARIE NEY

← Una escena de la graciosa producción «Siete días en el otro mundo»

CINEMA BILBAO

DESDE EL LUNES, 15
Siete días en el otro mundo
UNA GRACIOSA Y SIMPATICA PELICULA
y Actualidades UFA, con la entrada de los alemanes en París. La aviación contra la escuadra inglesa, en la huída de Narvik. Petición de armisticio y conferencia en Munich de Hitler, Mussolini, etc., etc.

PUBLICITAS

DOS AMIGOS DEL NIÑO

EL PERRO CUIDA DE SU SEGURIDAD Y "AMBRI" GARANTIZA SU SALUD

HARINA LACTEADA

AMBRI

Garantía de salud

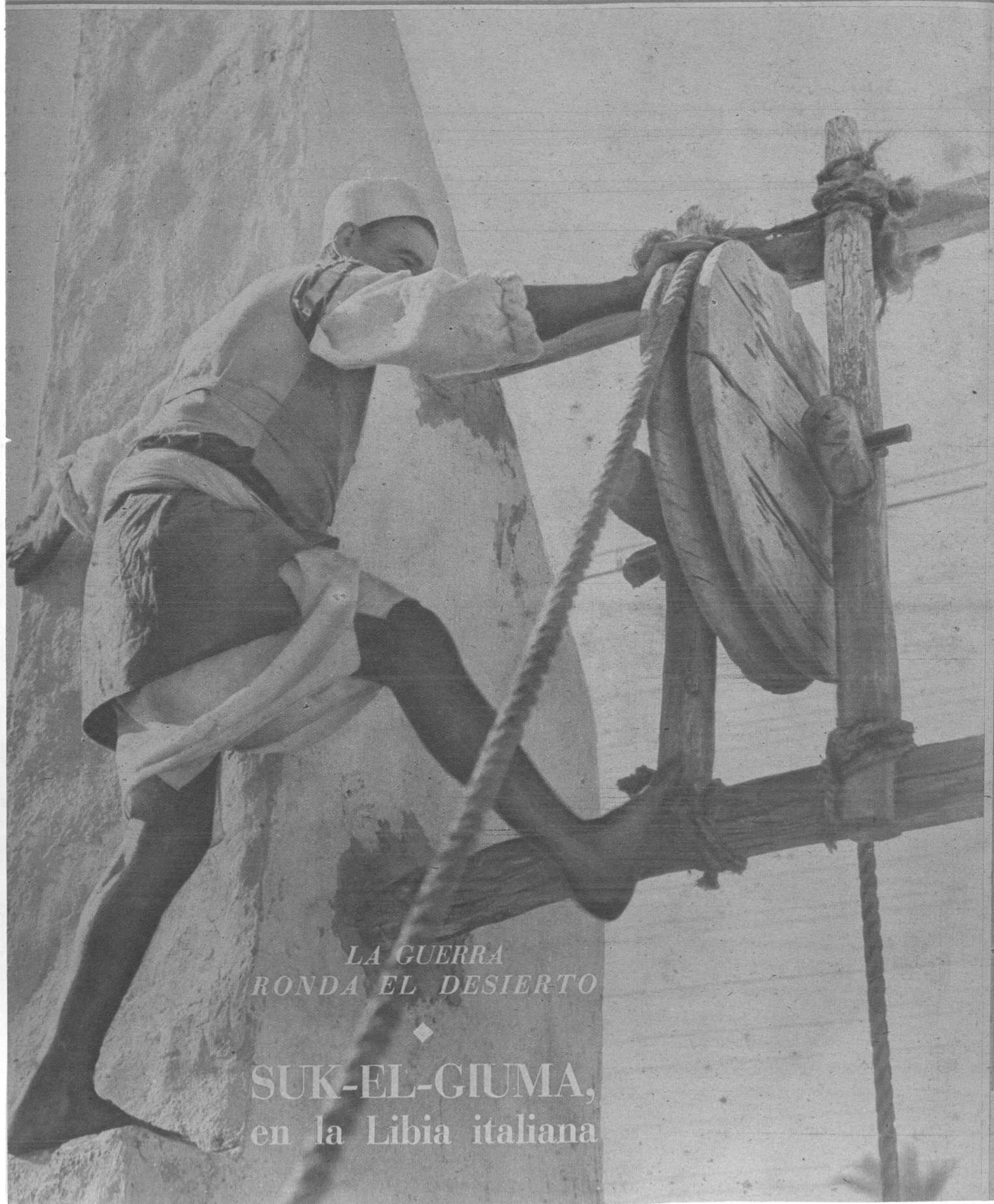
FABRICA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS "AMBRI" • APARTADO 58 • LEON

TALLERES DE PRENSA GRÁFICA, S. A., Hermosilla, 73. Teléfonos 56164 y 56165. MADRID

fotos

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

REDACCION Y ADMINISTRACION
AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 31
TELÉFONOS: 26520 y 26529
MADRID



LA GUERRA
RONDA EL DESIERTO

◆

SUK-EL-GIUMA,
en la Libia italiana